

LA GUERRA HISPANO-CUBANA-NORTEAMERICANA: LOS COMBATES TERRESTRES EN EL ESCENARIO ORIENTAL

Guillermo G. CALLEJA LEAL
Doctor en Geografía e Historia
Profesor de la Universidad Europea de
Madrid - CEES

El Ejército español en Cuba

LA inmensa ceguera de la política colonial fue empujando paulatinamente a España hacia el Desastre del 98. Hubo figuras militares clarividentes que habían aconsejado otorgar poderes autonómicos a Cuba (política seguida por el general Martínez Campos después del Pacto de Zanjón), y ya en 1879 el futuro general Polavieja escribía que España: *está obligada por su propia honra, por los destinos de su raza y por sus propios intereses a dejar tras sí una fuerte nacionalidad en Cuba*¹.

Conviene destacar que ningún general español (recuérdese a Cheste, Martínez Campos, Salamanca, Polavieja o incluso al propio Weyler) deseó ni aplaudió una guerra remota y difícil. Lo mismo pensaban políticos españoles, como Francisco Silvela, quien llegó a afirmar que *la colonia que no se puede defender y sostener con la acción de sus propios hijos, no se puede conservar mucho tiempo*². Pero también hubo políticos como Práxedes Mateo Sagasta, quien prometió gastar en Cuba *hasta la última peseta* y

¹ PABÓN, Jesús: *Cambó, 1876-1947*. Edic. Alpha, Barcelona, 1952, vol. I, p. 181. El general Arsenio Martínez Campos también creía que el autonomismo conduciría de forma inevitable a reforzar la conciencia nacional cubana.

² SILVELA, Francisco: *Artículos, discursos, conferencias y cartas*. Madrid, 1923, vol. III, pp. 401-402.

derramar hasta la última gota de sangre. Ante tal afirmación, hay que señalar que en Cuba murieron por ambas partes más de cien mil hombres y según el cálculo que hizo el Conde de Romanones, España gastó más de mil novecientos sesenta y nueve millones en la guerra³.

Por otra parte, se dio la circunstancia de que los trece ministros que ocuparon la cartera de Ultramar desde el 28 de noviembre de 1885 hasta el 5 de marzo de 1899 (esto es, desde Germán Gamazo a Raimundo Fernández Villaverde), todos fueron hombres civiles muy ligados a las oligarquías habaneras y sumisos a los intereses de sus partidos. En cuanto al Ejército, éste fue utilizado por dichas oligarquías durante prácticamente todo el siglo XIX, y la tenaz resistencia de la generalidad de la clase política a toda evolución política en Cuba, tal como señala con acierto Raymond Carr: *hizo que el Ejército defendiera, sin saberlo, teorías de absurdo centralismo, sostenidas por unos de buena fe y por los demás como eje necesario de sus egoísmos y monopolios comerciales*⁴.

En el Gobierno español se dio la curiosa circunstancia que cuando sólo pensaba en acabar con la guerra, envió a un general conciliador (Martínez Campos), y cuando precisamente se inclinaba por la negociación conciliadora, destinó a un general enérgico en extremo (Weyler); lo cual refleja una actitud contradictoria que sólo puede explicarse dentro del contexto político de aquella época⁵.

La última guerra de Cuba en sus inicios (24 de febrero de 1895) no provocó ni entusiasmo ni pesimismo en España, pues se creía que sería muy breve, y la campaña militar quedó en manos del capitán general Arsenio Martínez Campos por su gran prestigio al haber sido el artífice de la firma del Pacto de Zanjón que puso fin a la terrible Guerra de los Diez Años (1868-78). Pero el curso de la nueva guerra fue desfavorable y Martínez Campos con gran sinceridad aseguraba en sus informes al Gobierno: *Los pocos españoles que hay en la isla sólo se atreven a proclamarse como tales en las ciudades. El resto de los habitantes odia a España*⁶.

La revolución cubana resultaba imparable durante el mando de Martínez Campos. En efecto, la llamada *Campaña de Invasión* por los insurrec-

³ Tal cifra equivalía en 1895 a veinte presupuestos del Ministerio de la Guerra.

⁴ CARR, Raymond: *España, 1808-1939*. Ariel, Barcelona, 1968, p. 364.

⁵ ALONSO, José Ramón: *Historia Política del Ejército Español*. Editora Nacional. Madrid, 1974, p. 426.

⁶ Carta del capitán general Martínez Campos al presidente de Gobierno, Antonio Cánovas del Castillo.

Duque de Tetuán: *Apuntes del ex-ministro de Estado...para la defensa de la política internacional y gestión del gobierno desde el 28 de marzo de 1895 a 29 de septiembre de 1897*. Paul Peant, Madrid, 1902, vol. II, pp.114-115.

tos, conducida de forma magistral y con extraordinaria habilidad por Máximo Gómez, general en jefe del Ejército cubano, y el general Antonio Maceo, logró atravesar la isla de Cuba de un extremo a otro. Ante el empuje del *Ejército Invasor* cubano, de poco sirvieron los esfuerzos de las tropas españolas para impedirlo, ya sea evitando o intentando batir a todas las columnas mambisas que enviaron contra ellas, pues sólo pudieron cosecharse algunas victorias locales.

En enero de 1896 quedó bien patente el estrepitoso fracaso de Martínez Campos, quien a pesar de contar con casi cien mil hombres, demostraba su incapacidad en la dirección de las operaciones militares, no sólo para aplastar la insurrección, sino también para impedir que ésta alcanzara unas proporciones muy superiores a las que ya tenía cuando llegó a Cuba. Él mismo lo reconoció en comunicación al Gobierno, afirmando de forma exagerada que los mambises ya eran cuarenta mil y que quizás hiciera falta alguien como el general Weyler para sofocar la creciente rebeldía de los cubanos. Así lo entendieron sus interlocutores, produciéndose el relevo de Martínez Campos por Weyler el 17 de enero de 1896.

El general Valeriano Weyler y Nicolau, que tanto se había distinguido combatiendo en Cuba y en Santo Domingo, llegó a La Habana el 16 de febrero. La guerra experimentó entonces un brusco giro a favor de las armas españolas, pues Weyler abandonó de inmediato la táctica errónea de su antecesor que consistía en adoptar una actitud pasiva de simple respuesta. Este enérgico general logró arrebatarse la iniciativa a los *mambises*, a quienes acosó sin tregua, y transformó por completo a sus tropas dándoles una movilidad parecida a la del enemigo y las capacitó para que pudieran vivir sobre el terreno. En consecuencia, los insurrectos tuvieron que combatir a la defensiva en una guerra de desgaste aniquiladora.

No obstante, a pesar de estos éxitos militares, el ejército español tuvo que luchar con una enorme escasez de medios, y Francisco Silvela afirmaría que: *los jefes de columna viven perdiendo aquella satisfacción interior que es condición precisa para toda acción militar*⁷.

En marzo de 1897, una vez cerrada la trocha de Júcaro a Morón, la isla de Cuba quedó dividida en dos partes: la parte oriental, donde el general Calixto García lograba mantener la insurrección al contar con recursos y municiones; y la parte occidental, donde las tropas mambisas habían quedado prácticamente aniquiladas y sin recursos ni medios para salvar sus desembarcos, aunque continuara Máximo Gómez al frente.

⁷ SILVELA, Francisco: *Op. cit.*, vol. III, p. 368.

Los propios mambises aseguraban que *el año 1897 fue el más crítico para la revolución*⁸ y no era para menos. La política de reconcentración emprendida por Weyler, consistente en trasladar las familias campesinas a ciudades y pueblos con guarnición española, supuso un rudo golpe para la guerra de guerrillas practicada por los mambises al quedar éstos sin el necesario apoyo entre el campesinado cubano.

En julio, el general Weyler empieza a concentrar sus tropas, preparándose para iniciar lo que ya considera *la campaña definitiva*. Según él, ya estaban pacificadas Pinar del Río, La Habana y Las Villas; quedando tan sólo Camagüey y Oriente. La campaña de Weyler está a punto de triunfar por completo ante un ejército cubano deshecho, agotado y que no cuenta con Antonio Maceo, su general de mayor prestigio, muerto el año anterior en el combate de Punta Brava; ni tampoco con José Martí, el alma de la revolución cubana, que murió el 19 de mayo de 1895 en el combate de Dos Ríos. Sin embargo, contra toda previsión, el ejército español sufrió en agosto un descalabro en Oriente al ser derrotado en el combate de Victoria de las Tunas, lo cual sorprendió con desagrado al Gobierno y a la opinión pública española, puesto que habían considerado que la insurrección cubana estaba al borde de la derrota y tenía sus días contados.

Por otra parte, unos días antes, el 8 de este mes, el presidente Antonio Cánovas, el más firme valedor de Weyler, caía asesinado en el balneario de Santa Águeda, lo que transformaría toda la política española y el curso de la guerra. Tras un gobierno puente del general Azcárraga, que sólo duró dos meses, Sagasta formaba gobierno el 4 de octubre.

El gobierno liberal de Sagasta comenzó proclamando, en nota oficial, que el Ejército había logrado en territorio cubano: *no sólo cuanto puede exigir el honor de las armas, sino todo lo que racionalmente cabe esperar del empleo de la fuerza*; como también: *esta nueva era debe de inaugurarse con nuevos procedimientos y que nada tengan que ver con los antiguos*. Esto último hacía referencia a la *guerra total* que Weyler había emprendido durante su mando en Cuba, y muy en especial, a su política de reconcentración para eliminar la guerrilla mambisa, lo que le había valido muy duros ataques desde algunos sectores españoles, y sobre todo, desde los Estados Unidos⁹.

⁸ GUERRERO VARONA, Miguel Ángel: *La Guerra de la Independencia de Cuba*. La Habana, 1946, vol. I, p. 1454.

⁹ En términos estrictamente militares, puede afirmarse que la estrategia del general Weyler fue irrefutable. Los mismos ingleses no tardarían en imitarla en la Guerra Boer, y se ha venido empleando hasta nuestros días, como por los propios norteamericanos en Vietnam. Hoy nadie discute la necesidad de impedir el apoyo de la población civil a la guerrilla, aunque sólo sea para impedir que ésta se mueva entre aquella *"como pez en el agua"*, tal como aconsejaba Mao Tsé-Tung.

Con el cese fulminante del general Weyler puede afirmarse que termina la fase hispano-cubana de la guerra. Según Emilio Reverter, que emplea fuentes militares españolas, el ejército español disponía entonces en Cuba de ciento catorce mil novecientos sesenta y un hombres, de los casi doscientos mil que habían sido enviados desde España. De ellos, unos veinticinco mil estaban hospitalizados por enfermedades o heridas en combate y treinta y cinco mil en destacamentos; luego quedaban más de cincuenta mil hombres para realizar operaciones militares. Para Weyler, estos últimos eran más que suficientes para enfrentarse a sólo unos centenares de mambises y acabar la guerra.

El propio general Calixto García, que era quien disponía de más soldados mambises a sus órdenes, envió una carta muy esclarecedora al general en jefe Máximo Gómez, reflejando cuál era el estado de ánimo de los insurrectos cubanos ante los ataques demoledores del general Weyler: *¿Cuándo podré intentar un nuevo avance y cuál será el resultado? Las fuerzas que quedan, estropeadas ya por las continuas y largas marchas y por los combates, se aniquilan ahora sacando esta expedición (se refiere a la que planeaba en abril de 1897 y que luego suspendió) y es indispensable concederles algún descanso...; no creo que ni el mismo Antonio Maceo, el jefe de más prestigio, el que ya una vez arrastrara de Oriente dos o tres mil hombres, pudiera mover hoy hasta Las Villas ni quinientos...; (es) imposible, a mi juicio, llevar nuevamente orientales a Occidente, y el intentarlo y disponerlo puede traer el mayor desorden y las más deplorables consecuencias¹⁰.*

El Gobierno de Sagasta sustituyó al discutido general Valeriano Weyler, en la Capitanía General de Cuba, por el general Ramón Blanco, conocido por su carácter conciliador, y el 25 de noviembre concedió una amplia autonomía a la isla, derogando los Decretos de Concentración. El 1 de enero de 1898, se implantó el primer gobierno autonómico en Cuba, pretendiéndose además con ello dar satisfacción a las exigencias de Washington: *“El Carnicero Weyler”*, relevado; la concentración, abolida; y la concesión de autogobierno. Se trataba de un régimen autonómico copiado del tardío sistema colonial británico, que quizás hubiera podido tener éxito en Cuba si se hubiera promulgado en el momento oportuno y no ahora, cuando ya era demasiado tarde. Si realmente el presidente norteamericano William McKinley y su Gobierno perseguían el bienestar del pueblo cubano, España demostraba estar de acuerdo. Pero, naturalmente, no opinaban así, como

¹⁰ FERNÁNDEZ ALMAGRO, Melchor: *Historia política de la España Contemporánea*. Madrid, 1959, vol. II, p. 238.

declaró Mr. Woodford, ministro de la embajada de los EEUU en Madrid: *un solo poder y una sola bandera puede asegurar e imponer la paz en Cuba. Ese poder es Estados Unidos, y esa bandera, nuestra bandera*¹¹. Ante semejante actitud, poco podía hacer España a pesar de sus sinceros intentos por la paz.

Desde el 30 de octubre de 1897, José Canalejas recorría los EEUU y veía en el puerto de Nueva York los grandes acorazados de la escuadra estadounidense —*uno de esos barcos basta para deshacer toda nuestra Marina*— y proclamaba desde *El Herald* que *el Ejército español sufre las consecuencias de abandonos y de miserias*¹². Un cronista también de *El Herald*, se preguntaba si puesto que se habían enviado a Cuba doscientos mil hombres y había en revista ciento catorce mil, los restantes debían ser muertos, heridos, enfermos o desaparecidos. El Gobierno no dio respuesta alguna al negarse a comunicar la lista, y la verdad exacta nunca se supo, aunque la cifra de setenta y cinco mil españoles muertos parece la más probable según José Ramón Alonso¹³.

El 25 de enero llegó el buque acorazado *Maine* al puerto de La Habana en supuesta “visita de cortesía”, y después de tres semanas de estancia, se produjo su voladura el 15 de febrero. Tras el hundimiento del acorazado, España reiteró su actitud conciliadora y ofreció la posibilidad de crear una comisión mixta hispano-norteamericana o bien que una neutral investigase la causa del siniestro; pero el secretario de Marina, John Long, en nombre de su Gobierno, rechazó tan razonable ofrecimiento.

Días después, el 9 de marzo, Sagasta daría la prueba incuestionable de su deseo sincero de evitar una ruptura de relaciones. España declaró unilateralmente un armisticio, cuando sólo cinco meses antes la insurrección cubana estaba acorralada. Con razón, el representante norteamericano en Madrid, Mr. Woodford, afirmó: *me consta que la Reina, sus ministros y el pueblo español desean la paz*. Pero quienes no la querían eran: el Presidente, el Congreso y el pueblo de los EEUU. El día 11, McKinley en su mensaje al Congreso ofreció una versión muy discutible de los hechos: *he agotado todos los esfuerzos para aliviar la situación intolerable que existe en*

¹¹ ALLENDESALAZAR, José M.: *El 98 de los americanos*. EDICUSA, Madrid, 1974, p. 107.

¹² FRANCO RODRÍGUEZ: *La vida de Canalejas*. Cita de José Ramón Alonso: *Op. cit.* p. 427.

¹³ ALONSO, José Ramón: *Op. cit.*, p. 434. La cifra más exacta es la que ofrece Federico de Madañaga en su obra *Cuestiones militares* (Madrid, 1903, p. 166 y ss.). Dicho autor afirma que las bajas españolas en combate fueron: cincuenta y cuatro mil seiscientos ochenta y dos soldados y oficiales muertos y catorce mil ochocientos cuarenta y dos heridos en Cuba; veintidós muertos, sesenta y seis heridos y doscientos trece desaparecidos en Puerto Rico; y dos mil cuatrocientos treinta muertos y tres mil doscientos treinta y nueve heridos en Filipinas. Así, en el Ejército Regular hubo setenta y cinco mil doscientos ochenta y una bajas entre muertos y heridos; sin embargo, faltan por calcular las fuerzas irregulares y las contrapartidas, que eran muy numerosas en Cuba y Filipinas.

nuestras puertas. El día 19, ambas Cámaras aprobaron una resolución conjunta que equivalía a un ultimátum y que el Presidente hizo suya el día 20. En ella, se pide a España *la renuncia a toda autoridad y gobierno en la isla de Cuba*, dando de plazo hasta el día 23 para tomar entonces las medidas pertinentes. El día 21 se rompen las relaciones diplomáticas y el día 25 se produce la declaración de guerra de los EEUU al Reino de España, con efectos retroactivos al día 21.

Lo que aquí más nos interesa es poner de manifiesto algo que desde nuestra perspectiva actual pudiera parecer inconcebible. Sólo la marina de guerra norteamericana era superior a la de España, pero no así su ejército. Sin lugar a dudas, en el momento en que estalla la guerra entre España y los EEUU, el ejército español era muy superior en número, armamento, disciplina y entrenamiento en campaña. Si el ejército norteamericano tenía entonces unos veintiocho mil hombres (dos mil ciento cuarenta y tres oficiales y veintiséis mil cuarenta alistados), el ejército español sobrepasaba los trescientos mil hombres, distribuidos de la forma siguiente: ciento cincuenta y dos mil en la metrópoli, cincuenta y un mil trescientos treinta y uno en Filipinas, diez mil en Puerto Rico y ciento noventa y seis mil ochocientos veinte en Cuba. De estos ciento noventa y seis mil ochocientos veinte hombres que había en Cuba, ciento cincuenta y dos mil trescientos dos eran regulares y el resto, voluntarios y guerrilleros¹⁴. En este contingente de tropas, como Cuerpos especiales, había: cinco mil guardias civiles y dos mil quinientos de Infantería de Marina. Por otra parte, en Cuba se hallaban las mejores unidades regulares del ejército español con regimientos de Infantería de Línea escogidos: San Quintín, Wad-Ras, Talavera...; así como también magníficas unidades de Caballería: Princesa, Pizarro, etc.

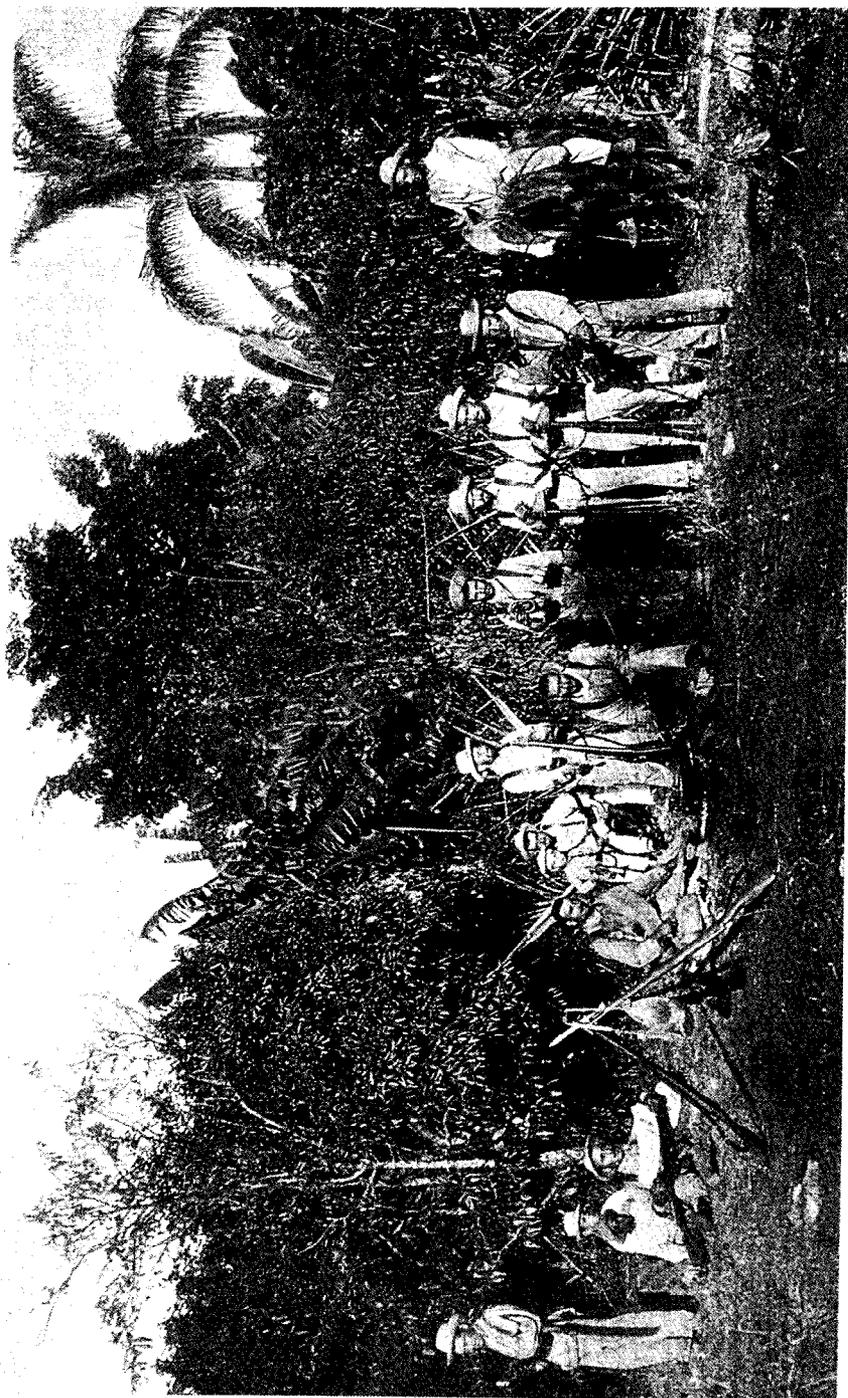
Como veremos a continuación, el ejército norteamericano no estaba en modo alguno preparado para la guerra contra España, lo cual nos obliga a hacer aquí algunas consideraciones importantes en lo referente a los combates terrestres:

Primero. Las tropas españolas que combatieron contra las norteamericanas estaban escasas de municiones y no podían mantener demasiados combates.

Segundo. Si no combatieron a los norteamericanos al realizarse el desembarco, antes de que éstos pudieran consolidar sus posiciones en tierra firme, fue porque los españoles carecían de condiciones en la zona donde se produjo.

Tercero. Los efectivos españoles que hicieron frente a los norteamericanos estaban en gran desventaja. El almirante Pascual Cervera, al refugiarse

¹⁴ SARGENT, Herbert H.: *The Campaign of Santiago de Cuba*. Chicago, 1907. Apéndice K (basado en fuentes militares españolas).



La guerra en Cuba. Preparación del rancho en un puesto avanzado.

su escuadra en la bahía de Santiago de Cuba por no tener otra opción, provocó el desplazamiento del punto de gravedad de la guerra al lugar menos favorable para los españoles; y, por tanto, al más favorable para los mambises y sus aliados norteamericanos. Precisamente, Santiago se encuentra en Oriente, foco de las dos grandes insurrecciones contra España (1868-78 y 1895-98), y donde precisamente la fuerza de los mambises era mayor. Además, de acuerdo con la estrategia de Weyler, Oriente era la parte de la isla menos guarnecida por los españoles al ser el último reducto de los insurrectos que iba a ser atacado. Por tal circunstancia, de los casi doscientos mil hombres que España disponía en Cuba, tan sólo una pequeña parte se hallaba en la región oriental: treinta y seis mil quinientos ochenta y dos hombres. Tan sólo veintiocho mil doscientos dieciocho hombres estaban a las órdenes directas de Linares, quien disponía únicamente de trece mil noventa y seis hombres en la ciudad de Santiago de Cuba y sus alrededores, pues el resto estaban distribuidos entre las diferentes guarniciones de Oriente. Por desgracia para los españoles, el general Linares no supo sacar el máximo partido a unos efectivos tan menguados, ya que de haberlos empleado bien, podrían quizás haber frenado el avance del ejército estadounidense¹⁵.

El Ejército norteamericano no estaba preparado para la guerra

Relación de fuerzas de los ejércitos contendientes

Aunque para algunos pudiera parecer sorprendente, los EEUU no estaban realmente preparados para la guerra contra España. Tan sólo la Armada norteamericana era muy superior a la Armada española¹⁶. Pero su ejército

¹⁵ ALBI, Julio y STAMPA, Leopoldo: *Campañas de la Caballería Española en el siglo XIX*. Servicio Histórico Militar. Madrid, 1985, tomo II, pp. 541-542.

¹⁶ La Armada estadounidense no era gran cosa, pero por supuesto era muy superior a la Armada de España. Consistía en: cuatro acorazados de primera, un acorazado de segunda, dos cruceros acorazados de primera, seis buques monitores, once cruceros protegidos, veinte cruceros no protegidos, un dinamitero, ocho torpederos y un submarino experimental. Todos ellos eran de acero.

Por parte de la Armada española, sólo contaban como buques de alguna utilidad inmediatamente disponibles: cuatro cruceros acorazados, todos ellos defectuosos, y tres destructores modernos; un acorazado, un gran crucero protegido y otros tres destructores que no estaban aún listos para operar al comienzo de la contienda, y otros varios buques que estaban en construcción desde hacía largos años, sin que ésta se hubiera acelerado en previsión de los acontecimientos. Otros muchos buques figuraban en las listas de la Armada, pero la mayoría eran anticuados o inútiles. Los de mayor tonelaje eran los seis cruceros, la mitad de ellos de madera, todos sin protección, de los que sólo uno estaba en condiciones de navegar.

DÍEZ ALEGRÍA, Manuel: "La espléndida guerrita de los americanos". *Revue Internationale d'Histoire Militaire*. Commission Internationale d'Histoire Militaire, nº 56, Madrid, 1984, p. 20.

regular era insignificante cuando estalló la guerra: dos mil ciento cuarenta y tres oficiales y veintiséis mil cuarenta alistados. No tenía servicios técnicos eficaces de cuartelmaestre, ni tampoco comisarios. Dicho ejército carecía de un Estado Mayor técnico, de un verdadero servicio médico y de servicio veterinario. Más adelante veremos el terrible estado de confusión y desorden en el que se encontró el Cuerpo expedicionario estadounidense en Tampa como resultado de su falta de preparación.

Por otra parte, el ejército norteamericano teóricamente disponía entonces de unos cien mil hombres supuestamente armados y entrenados: la Guardia Nacional. Pero ésta no dependía ni del Presidente ni del Gobierno Federal, sino de los respectivos Estados de la Unión, siempre muy celosos de su autoridad sobre estas unidades. En realidad, no eran tropas eficaces ni tenían buen armamento, y en cuanto a su disciplina, era muy curiosa: los hombres elegían a sus jefes por votación y tenían el derecho para decidir si iban o no a la guerra¹⁷. En definitiva, una institución como ésta, fruto de la visceral desconfianza anglosajona hacia los ejércitos permanentes¹⁸, no era precisamente muy útil en una guerra. Por tal motivo, el Congreso autorizó al presidente McKinley a incrementar las fuerzas regulares, *sólo mientras duraran las hostilidades*, hasta sesenta y un mil hombres, y a reclutar unidades de voluntarios, en que las unidades de la Guardia Nacional que estuvieran al completo se integrarían como un todo en el ejército que se estaba reuniendo, y desde luego sin incorporar a ningún oficial de West Point. En tales condiciones, sólo tres unidades no profesionales entraron en acción en la Guerra de Cuba, de las que una tuvo un comportamiento lamentable.

El día 23, McKinley pidió un alistamiento voluntario por toda la duración de la guerra contra España, para llenar un cupo de ciento veinticinco mil hombres. Este cupo se llenó rápidamente y dos días después hizo una nueva demanda, esta vez de setenta y cinco mil hombres; lo que resultó un contingente de doscientos veintiocho mil ciento ochenta y tres hombres entre oficiales y soldados. De dicho contingente, sólo noventa mil partieron hacia Cuba, Puerto Rico y Filipinas.

¹⁷ MILLIS, Walter: *The Martial Spirit: A Study of Our War with Spain*. Houghton Mifflin Co, Boston, 1931, p. 52 y ss; ALBI, Julio y STAMPA, Leopoldo: *Op. cit.* vol. II, pp. 538-539. Uno de los regimientos más prestigiosos, el 7º Regimiento de Nueva York, votó en contra y no pudo ser movilizado en la guerra contra España.

¹⁸ Históricamente, Gran Bretaña y los Estados Unidos se han distinguido por tener ejércitos permanentes muy reducidos, en términos relativos, así como por la rapidez singular con que al término de cada guerra han desmovilizado los organizados con motivo de la misma.

Veamos ahora en estos cuadros la relación de las fuerzas contendientes:

CUADRO 1
FUERZAS ESPAÑOLAS EN CUBA

Infantería Regular	134.919	
Infantería Irregular (Voluntarios).....	63.760	
Total de Infantería.....		198.679
Caballería Regular	7.752	
Caballería Irregular (Voluntarios).....	14.796	
Total de Caballería.....		22.548
Artillería Regular	5.308	
Artillería Irregular (Voluntarios).....	4.123	
Total de Artillería.....		9.431
Ingenieros Regulares.....	4.905	
Ingenieros Irregulares (Voluntarios).....	1.441	
Total de Ingenieros.....		6.346
Sanitarios.....	1.975	
Acemileros.....	1.930	
Guardias Civiles.....	4.446	
Guerrillas.....	30.584	
Infantería de Marina	2.508	
Total de Misceláneos		41.443
TOTAL		278.447

Fuente: *Anuario Militar de 1898.*

CUADRO 2
EFFECTIVOS DEL EJÉRCITO NORTEAMERICANO EN ABRIL DE 1898
(DESDE MAINE HASTA ALASKA)

	OFICIALES	ALISTADOS
Generales y Estados Mayores	532	2.026
Caballería	437	6.047
Artillería	288	4.486
Infantería	866	12.828
Misceláneos		653
TOTAL	2.123	26.040

Carencia de un plan definido

El ejército norteamericano no tenía un alto mando, ni jamás lo había tenido, a pesar de que era una práctica común en Europa, donde no había fronteras desorbitadas ni tampoco indios. En consecuencia, no había realmente un verdadero plan de campaña.

El oficial de mayor graduación, el mayor general Nelson Appleton Miles, General en Jefe del Ejército¹⁹, tenía su propio plan; pero no era un plan organizado con antelación por especialistas, ni tampoco un plan con posibles alternativas o para el cual se hubieran hecho preparativos financieros o aprovisionamiento. Consistía en organizar y entrenar a los voluntarios durante el verano con la ayuda de los regulares, y comenzar la campaña militar en invierno, basándose en el clima fatal de Cuba durante el verano.

El general Miles pretendía llevar una fuerza invasora a la costa oriental de Puerto Rico y avanzar desde allí hacia el oeste, pues sabía que las fuerzas regulares españolas no eran poderosas y que no hallaría gran resistencia. Así, el ejército expedicionario podía tomarse su tiempo y aclimatarse al trópico; y luego, a mediados de septiembre, terminada la mortal estación de las lluvias en Cuba, las tropas estarían preparadas para pasar al extremo oriental de esta isla. Entonces, podrían proseguir en dirección oeste hasta llegar a La Habana. Una vez tomada esta plaza, la guerra habría concluido.

El general Miles explicaba su plan de campaña como si se tratara de una mera caminata por un sendero arbolado. Y, por supuesto, pedía la cooperación total de la Armada, a pesar de que ésta se hallaba por entonces demasiado preocupada con las andanzas de la escuadra del almirante Pascual Cervera como para escuchar al Ejército²⁰.

Lo primero que se hizo fue reconcentrar unos quince mil regulares en Nueva Orleans, Mobile y Tampa, y enviar voluntarios a los distintos campos de entrenamiento. Al ser La Habana la capital de Cuba, y por tanto, la ciudad más importante política y militarmente, se pensó dirigir la campaña contra ella; sin embargo, el temor que se tenía a la escuadra de Cervera impidió cualquier movimiento previo a la obtención del control del mar.

¹⁹ PLAZA, José Antonio: *El maldito verano del 98*. Ediciones Temas de Hoy, Madrid, pp. 87-89; KELLER, Allan: *The Spanish-American War: a compact History*. Hawthorn Books Inc., Nueva York, 1969, pp. 52-53; DíEZ ALEGRÍA, Manuel: *Art. cit.* pp. 20, 21 y 24.

El general en jefe del Ejército norteamericano, Nelson Appleton Miles, tenía entonces cincuenta y nueve años. Débil de carácter y vanidoso, se había casado bien y contaba con amigos poderosos en el Congreso y entre militares influyentes. Durante la pasada Guerra Civil Americana luchó como voluntario en el Ejército confederado, siendo herido cuatro veces y acabó siendo, por méritos de guerra, mayor general de la Fuerza de Voluntarios, con mando sobre veintiséis mil hombres. En los últimos veinte años había dirigido casi todas las campañas contra los indios en los territorios del Oeste, hasta obtener la Medalla del Congreso, la máxima condecoración al valor. En 1875 derrotó a los cheyenes, a los kiowas y a los comanches. Desde 1876 a 1880 derrotó a los sioux de *Sitting Bull* (*Toro Sentado*) y *Crazy Horse* (*Caballo Loco*). En 1888 derrotó a los apaches y capturó a su jefe, Gerónimo.

²⁰ BARR CHIDSEY, Donald: *La Guerra Hispano-Americana, 1896-1898*. Ediciones Grijalbo, Barcelona-México D.F., 1973, pp. 125-126.

Por encima del general Miles estaba el secretario de Defensa, Mr. Alger, con quien nunca estaba de acuerdo. Alger no creía que el plan de Miles fuera algo extraordinario, pero no se opuso públicamente. El pueblo de los EEUU pedía la inmediata intervención militar y Alger prefería invadir directamente Cuba empleando las fuerzas de la *Campaña de la Mecedora*. Por otra parte, aunque Alger se había arrepentido de haberse gastado dieciséis millones de dólares en la compra de cañones para la guardia costera, el Congreso se había apropiado de treinta y dos millones setecientos veinte mil novecientos cuarenta y cinco dólares adicionales para un ejército invasor de Cuba (la Armada iba a recibir treinta y cinco buques de guerra nuevos, pero eso formaba parte de otra apropiación del Congreso), que se emplearían en las fuerzas del general Miles y en las de Tampa.

La última palabra en cualquier decisión la tenía McKinley. No interfería muy a menudo, pero seguía estrechamente los movimientos militares y navales. Cuenta Chidsey que junto a su despacho en la Casa Blanca había un *recinto bélico* en el que el Presidente pasaba una buena parte del día en compañía de expertos militares o navales que señalaban puntos en mapas y cambiaban las posiciones de los alfileres colorados²¹.

El 7 de junio había unos veinte mil hombres en Tampa. El general William Rufus Shafter asumió el mando por antigüedad y este contingente expedicionario se denominó *Quinto Cuerpo de Ejército*²². Sus únicos superiores eran: McKinley, Alger y Miles, y ninguno de ellos podría calificarse de “genio militar”.

El 26 de mayo había ya treinta y seis transportes en Tampa, y el día 30, la escuadra de Sampson zarpó rumbo a Cuba. Resultó que mientras se discutían los planes de campaña y los posibles desembarcos en los lugares más idóneos, el almirante Pascual Cervera provocó el que sería el plan definitivo a seguir al entrar con su escuadra en Santiago de Cuba.

El mismo día 30 de mayo, Día de Recuerdo de los Caídos, Shafter recibió un telegrama de Washington por el que se le ordenaba que se preparase

²¹ BARR CHIDSEY, Donald: *Op. cit.* p. 127.

²² William Rufus Shafter era un militar veterano de la pasada Guerra Civil Americana y tenía entonces sesenta y tres años. Su aspecto era ridículo con un peso de ciento veinte kg., por lo que necesitaba la ayuda de dos soldados para subirse al caballo: pero era muy listo. Sufría gota y asma, y con frecuencia, debido a su obesidad, aparecía en las caricaturas de la prensa de Nueva York. Fue nombrado teniente del 7º de Voluntarios de Michigan en la pasada Guerra Civil del 61. Herido en la célebre batalla de Fair Oaks, fue ascendido a comandante tras su curación. Prisionero de Van Dorn en 1863, tras seis meses de cautiverio, fue canjeado y ascendido a coronel del 17º Regimiento de Infantería de Color. Se licenció en 1865 al disolverse el llamado *Gran Ejército de la República*, siendo nombrado de nuevo coronel. Participó en la conquista del Oeste y vengó la muerte de Custer y la aniquilación del 7º Regimiento de Caballería al batir a los sioux vencedores de Little Big Horn. Finalmente, con motivo de la guerra contra España fue nombrado mayor general de Voluntarios en 1898.

para partir hacia Santiago de Cuba. También se le comunicaba que debería cooperar con la Armada y con los insurrectos cubanos para que los utilizase de la forma más apropiada en su plan de campaña, ya que el delegado de los cubanos en los EEUU, Tomás Estrada Palma, había conferenciado con el presidente McKinley sobre la campaña y enviado órdenes al general en jefe del Ejército cubano, Máximo Gómez. Además, tenía que tomar Santiago en el menor tiempo posible y con el menor coste, para reembarcar luego sus tropas victoriosas y marchar hacia Banes (en la provincia de La Habana)²³ a esperar nuevas órdenes. Con lo dicho basta para demostrar la carencia de un Estado Mayor competente en el Ejército norteamericano.

Por otra parte, el general Nelson Appleton Miles no fue enviado con el 5º Cuerpo de Ejército a Santiago. Se debió a que los norteamericanos jamás pensaron que allí se decidiría la guerra, como así paradójicamente ocurrió. Creían, con buen criterio, que la batalla decisiva se daría en La Habana, por eso se ordenó a Shafter que se dirigiera a Banes para esperar nuevas órdenes una vez que se produjera la capitulación de Santiago. En definitiva, el verdadero plan consistía en tomar La Habana con el grueso del Ejército norteamericano a las órdenes del general en jefe, Nelson A. Miles, apoyado convenientemente por la escuadra de Sampson y el llamado *Ejército Libertador* de Cuba.

La situación caótica del 5º Cuerpo de Ejército en Tampa

La situación del 5º Cuerpo de Ejército en Tampa era caótica, puesto que allí no había organización alguna. Se puso de manifiesto la falta total de experiencia y capacidad del aparato militar para poner a punto una expedición en tierras tropicales que involucraba más de veinticinco mil hombres. Aquellas tropas acampadas carecían de uniformes, fusiles, munición, calzados y mantas, la comida escaseaba y el material era muy deficiente y escaso. En menos de dos meses el Gobierno tuvo que improvisar planes de equipamiento y avituallamiento, desbordándose todos los intentos organizativos; mientras tanto, los fabricantes oportunistas y sin escrúpulos hacían grandes negocios.

La elección de Tampa como punto de partida de la fuerza expedicionaria fue otra de las dificultades más graves. La ciudad no estaba ni remotamente preparada para recibir a un ejército tan numeroso. El puerto era

²³ Esta localidad se encuentra en la provincia de La Habana, no lejos de la capital. Hay otra localidad cubana que también se llama Banes y que se encuentra en la provincia de Oriente.

amplio, pero para llegar a él sólo había una línea de ferrocarril, con lo que el embotellamiento de trenes y vagones era continuo. Cientos de carros y vagones se amontonaban en espera de ser tramitados. De este modo, cuando empezaron a llegar a diario miles de vagones cargados con todo lo necesario para el ejército, se amontonaban en los muelles y en el puerto; además, las facturas nunca llegaban a tiempo, por lo que los oficiales se veían obligados a ir vagón por vagón rompiendo los sellos para averiguar qué contenían.

Solían faltar elementos para la ración del soldado (como por ejemplo, patatas y cebollas), e incluso a veces llegó a faltar la carne, a pesar de que todos estos alimentos se hallaban en diez o doce vagones o bien pudriéndose en algún almacén cercano. Además, las conservas de carne, deshechos de los mataderos de Chicago y Kansas, enlatados para la guerra chino-japonesa de 1894 y llamados *vaca embalsamada* por los soldados, no aguantaron las altas temperaturas de Cuba y no pudieron consumirse.

En cierta ocasión, llegó por la mañana un enorme tren abarrotado de carne junto a otro de quince vagones cargado de uniformes caquis que habían sido llevados a un desviadero situado a más de ciento cincuenta kilómetros y olvidados junto a cinco mil fusiles y su munición. Mientras tanto, las tropas habían tenido que soportar el llevar uniformes de lana azul de los empleados en los estados del Norte y Noroeste, e incluso algunos regimientos seguirían llevando en Cuba esta ropa especial que se usaba en Alaska. En realidad, esas tropas ¡no tuvieron otra clase de ropa hasta julio o agosto!

Se dio el caso inaudito de la llegada de los cañones, ruedas, cureñas, avantrenes y demás material de artillería ligera; pero como llegaron con varios días de retraso, durante estos días hubo que romper numerosos sellos de carros y buscar en vano a lo largo de las vías de la estación.

En Washington el enfado era mayúsculo y el propio general en jefe del Ejército, Nelson Miles, fue enviado para intentar poner algo en orden y a duras penas lo consiguió. Todo esto demuestra que el Ejército norteamericano carecía de una organización adecuada y de un buen Estado Mayor, aunque la voluntad inquebrantable de sus jefes y oficiales, así como el entusiasmo de sus tropas, hicieran posible que se llevara adelante la expedición.

El día 31 de mayo, los transportes habían terminado de cargar el agua y el carbón necesarios. Lentamente y con gran confusión, también iban cargando el material de guerra, las raciones, el forraje para la caballería y toda clase de pertrechos. La primera disposición fue la de cargar raciones para veinte mil hombres y para un período de seis meses, aunque luego se dio la contraorden de que fuera para sólo dos meses, y finalmente se cargaron raciones para cien mil hombres en varios transportes de reserva.



Almirante Sampson



General W. R. Shafter



Comodoro Winfield Scott Schley



General John M. Schofield,
comandante general
de las Reservas de Voluntarios

Jefes norteamericanos de las escuadras y de las tropas que operan en Cuba.

El embarque de pertrechos continuó hasta el día 7 de junio, y al día siguiente se procedió al de las tropas. Si el embarque del material fue muy lento y desordenado, el de las tropas fue aún peor. Nadie sabía absolutamente nada. Ningún regimiento sabía realmente cuándo, dónde y cómo había que embarcar. Y por si fuera poco el embrollo y la precipitación, se corrió el rumor —confirmado más tarde— que una vez cargado el material en los transportes, no podrían acomodarse más que dieciocho mil hombres en lugar de los veintisiete mil que se había pensado; por tanto, algunos regimientos tendrían que permanecer forzosamente en Tampa.

Cada unidad y regimiento trataba de resolver a su manera el problema del caos existente en la organización de la expedición. Theodore Roosevelt describe a la perfección esta situación con su estilo personal y tan gráfico en su *Informe: Cuando nosotros marchamos para Tampa, pensé nuevamente que todo estaba enmarañado y que toda la confusión no se debía a la congestión en las vías férreas. Nos dijeron que marcháramos a determinada vía férrea y que allí habría vagones esperándonos, pero, en efecto, no había nada. El Coronel Wood y yo nos cansamos de explorar distintas vías sin encontrar ningún tren. Finalmente tropezamos con un tren de carros de carbón vacíos, nos lo apropiamos y en él metimos nuestras tropas e hicimos el viaje. Sin embargo, estoy seguro que dicho tren no estaba destinado ni mucho menos para nosotros.* Sucedió que Roosevelt tuvo que “secuestrar” el tren a punta de revólver para que su regimiento, los *Rough Riders*, pudiera llegar al puerto y embarcar a tiempo.

En otro lugar de su *Informe*, Roosevelt afirma: *Finalmente el General Shafter nos dijo a Wood y a mí que el Coronel Humphrey, Cuartelmaestre, nos acomodaría. Nos pusimos Wood y yo a “cazar” a Humphrey, pero nadie sabía dónde estaba. Al final pudimos casi a la vez los dos localizarle tras una búsqueda tenaz. Humphrey nos atendió y nos asignó el transporte “YUCATÁN”. Más adelante señala: Accidentalmente me enteré que el transporte “YUCATÁN” había sido también asignado a los Regimientos 2º y 71º de Voluntarios de Nueva York. En vista de ello, organicé una fuerte guardia armada que rechazó a la fuerza al Segundo de Infantería y al 71 de Nueva York de la escala del barco. Mientras tanto, reuní a todo prisa el Regimiento y lo embarqué a la carrera mientras la guardia mantenía el camino abierto. Una vez embarcada nuestra gente, dejé subir elementos del Segundo de Infantería, pero sólo pudieron acomodarse cuatro Compañías de la Agrupación²⁴.*

²⁴ MEDEL, José A.: *La Guerra Hispano-Americana*. 1.ª Habana, 1929, pp. 20-21; DIERKS, James Cameron: *A leap to arms: the Cuban Campaign of 1898*. Nueva York, 1970, pp. 49-50.

Pero la odisea de Roosevelt y Wood no acabó una vez embarcaron a su regimiento. Resultó que los caballos no pudieron ser transportados por falta de espacio, de ahí que el Regimiento 1° de Caballería Voluntaria, formada por excelentes jinetes (indios, cazadores de las praderas, *sheriffs*, pistoleros, ganaderos, terratenientes, deportistas, universitarios, financieros de Wall Street e hijos de millonarios) tuvo que ir a la guerra a pie, como unidad de caballería “desmontada”. Se trataba de tropa de élite organizada por Theodore Roosevelt para su lucimiento, especialmente equipada y tan pintoresca como él que, habiendo sido subsecretario de Marina, había pasado a teniente coronel de una fuerza de Caballería.

A todos estos problemas de organización se unieron las quejas de la Marina. Sus jefes alegaban que ellos solos estaban haciendo la guerra y que las operaciones terrestres deberían comenzar cuanto antes para aliviar el esfuerzo desgastador de los marinos.

Por fin, el día 9 de junio, la primera oleada de la fuerza expedicionaria con treinta y dos transportes y dieciséis mil hombres, mas una legión de ochenta y nueve periodistas como corresponsales de guerra (veinte eran fotógrafos y seis dibujantes) y dos operadores de cine²⁵, zarpó de Tampa hacia las costas del sur de Cuba; pero a las pocas horas, la expedición recibió la orden de regresar a Tampa y refugiarse en el puerto. Resultó que jóvenes marinos inexpertos de dos buques de guerra, el *Resolute* y el *Eagle*, confundieron una flotilla de barcos propios con la flota auxiliar del almirante Cámara que por entonces había partido de Cádiz hacia Filipinas.

Durante seis días se buscó en vano a la llamada *flota fantasma* que, por no existir en aquellas aguas, nunca apareció. Pero el Gobierno de Washington no quería correr riesgos, ya que los mercantes viajaban sin una poderosa escuadra que los defendiera ante un posible ataque naval español, ya que las principales unidades de la Armada se hallaban ocupadas y comprometidas en las acciones de bloqueo de La Habana, Santiago y otros puertos cubanos.

El 14 de junio, a las diecinueve horas, tras una semana de espera en la que los dieciséis mil soldados tuvieron que vivir hacinados en las cubiertas de los barcos soportando terribles temperaturas, la expedición recibió la orden de zarpar. El convoy se componía de treinta y dos transportes de tropas y material de guerra; además de dos mil doscientos noventa y cinco animales entre mulos y caballos, ciento noventa y cinco vagones de varias clases y siete ambulancias. Acompañando al 5° Cuerpo de Ejército iban once agregados militares de diversas naciones.

²⁵ También iban dos operadores de cinematógrafo con varias cámaras. Se llamaban Albert E. Smith y Jim Blackton, pertenecientes a la empresa Vitagraph Company de Nueva York.

CUADRO 3
PERSONAL Y MATERIAL DE GUERRA

PERSONAL		MATERIAL DE GUERRA	
Oficiales	815	Baterías ligeras de 4 cañones cada una	4
Alistados	16.072	Cañón automático <i>Hotchkiss</i>	1
Empleados civiles	30	Cañón automático de dinamita	1
Carreros y empacadores	272	Ametralladoras <i>Gatling</i>	4
Estivadores	107	Cañones de sitio 5"	4
		Cañones <i>Howitzers</i> de 7"	4
Total	17.296	Morteros de campaña de 8"	8

CUADRO 4
AGREGADOS MILITARES

Coronel	Yermolov	Rusia
Comandante	Grandpe	Francia
Comandante	Shiba	Japón
Teniente	Saneyuki	Japón
Capitán	Werster	Suecia y Noruega
Capitán	Abildgard	Suecia y Noruega
Cap. de corbeta	Dahlgren	Suecia y Noruega
Cap. de Navío	Lee	Reino Unido
Conde	Von Goetzen	Alemania
Teniente de Navío	Von Reuber	Alemania
Teniente	Roedler	Austria-Hungría

Los buques que custodiaron el convoy fueron: *Indiana*, *Detroit*, *Castine*, *Manning*, *Wasp*, *Eagle*, *Wompstock*, *Osseola*, y los torpederos *Ericsson* y *Rodgers*. La expedición estuvo pésimamente planeada y se realizó en medio de un gran desorden. Ni el secretario de Defensa, Alger, ni los generales Miles o Shafter hicieron caso a las múltiples observaciones y consejos del Departamento de Marina, que recomendó el que cada transporte del convoy estuviera a las órdenes de un oficial de la Armada. Así, debido a que los capitanes mercantes no tenían costumbre de navegar en forma de convoy, y mucho menos en intervalos de cuatrocientos metros entre uno y otro barco, se retrasaban y solían separarse del convoy huyendo de la proximidad de los otros barcos por temor a colisionar. En definitiva, cada capitán mercante condujo su barco como le vino en gana e hizo caso omiso de las órdenes que había recibido al zarpar de Tampa.

En la mañana del día 20, el convoy estadounidense llegó frente a Santiago con bastante retraso y no pocas dificultades. Los buques de transporte *City of Washington* y *Yucatán* no llegaron hasta la tarde, pues desde la

noche del día 18 se habían separado del convoy y habían navegado por su cuenta, de ahí que el yate armado *Wasp* tuvo que salir en su búsqueda y conducirlos al lugar debido.

Cómo el plan de campaña norteamericano se sustituyó por el cubano

El general Shafter conferenció inmediatamente con el entonces capitán de navío French Ensor Chadwick, jefe del Estado Mayor del almirante Sampson. Chadwick tenía un plan de Sampson para someterlo a la consideración de Shafter. A grandes rasgos, consistía en que Shafter atacaría el Castillo del Morro y la Batería de Socapa por tierra, mientras la escuadra con este apoyo terrestre y con sus flancos libres, entraría en el canal, limpiándolo de minas y torpedos; luego, una vez dentro de la bahía de Santiago, hundiría la escuadra española ayudando así desde allí a la toma de la ciudad, que capitularía sin remedio.

El Plan Sampson, expuesto por Chadwick a Shafter, pudiera parecer sencillo y efectivo, con resultados inmediatos y magníficos. No obstante, Shafter y Sampson no conocían la topografía del terreno, ni la situación estratégica, como tampoco el valor de las tropas españolas de la guarnición. Por eso, aunque en un principio Shafter aceptó dicho plan, propuso a Sampson no hacer nada sin entrevistarse antes con el lugarteniente general del Ejército cubano, el general Calixto García²⁶.

El día 20, muy de mañana, el brigadier cubano Demetrio Castillo Duany llegó con su Estado Mayor al Aserradero y se entrevistó con el general Calixto García para informarle sobre la situación de las fuerzas españolas y sus preparativos de defensa. Según el teniente Lino Dou, jefe del Estado Mayor de Castillo, éste conocía a la perfección los alrededores de Santiago y fue quien aconsejó a Calixto García el desembarco de las tropas norteamericanas al este de la ciudad. Esta idea convenció a Calixto García y no podemos dudar este aserto de Lino Dou, ya que el propio lugarteniente general había escrito el día 13 de junio, en Mejía (jurisdicción de Holguín), una carta al almirante Sampson que comenzaba así: *Mi opinión, conforme a la de mis subalternos que Ud. me dice, es que el Oeste es el mejor sitio para el desembarco*. En consecuencia, Calixto García

²⁶ El día anterior, 19 de junio, Sampson se había entrevistado con Calixto García a bordo del crucero acorazado *New York*. En aquella entrevista, ambos hablaron sobre el plan de campaña, pero prefirieron abordar nuevamente el asunto en profundidad en cuanto llegase Shafter con el 5º Cuerpo de Ejército.

marchó con sus fuerzas sobre la parte oeste de Santiago y acampó en el Aserradero²⁷.

El mismo día 20, a las catorce horas, el general Shafter y el almirante Sampson, con sus respectivos ayudantes y estados mayores, desembarcaron en el Aserradero y se entrevistaron allí con Calixto García. En esta ocasión, el general cubano pudo demostrar una vez más su gran talla como militar, exponiendo a Shafter y a Sampson un nuevo plan de campaña para el ataque y la toma de Santiago.

El plan de Calixto García, a grandes rasgos, fue el siguiente: desembarcar todo el 5° Cuerpo de Ejército en Daiquirí y atacar Santiago por el este, enviar fuerzas del 5° Cuerpo por el oeste al general Rabí para completar el cerco, e impedir al mismo tiempo la llegada de cualquier refuerzo español proveniente del interior; y mientras, la escuadra de Sampson mantendría el control del mar. Se trataba, pues, de un plan sencillo, sólido, trazado con el sentido común y el aplomo del genio militar de Calixto García, así como la seguridad que le proporcionaba el perfecto conocimiento del terreno y de las fuerzas españolas. Sampson y Shafter quedaron impresionados y convencidos de que aquel plan era el idóneo, por lo que inmediatamente se procedió a ultimar los detalles de su ejecución.

Al día siguiente, el día 21 de junio, se puso en práctica el plan de Calixto García de la forma siguiente:

Primero. El general Agustín Cebreco con su división mambisa, marchó al amanecer sobre el noroeste de Santiago para tomar posiciones sobre los caminos al interior y evitar la llegada de tropas de refuerzo españolas a Santiago de Cuba.

Segundo. Por la noche, unos cuatrocientos soldados mambises de las brigadas de Bayamo y Jiguaní, a las órdenes directas del coronel Carlos González Clavel, embarcaron rumbo a Sigua, donde se hallaba la brigada de Demetrio Castillo Duany (quien acompañaba a González Clavel) para incorporarse a ella y reforzarla, y luego proceder a la ocupación del poblado de Daiquirí.

Tercero. La escuadra de Sampson bombardearía toda la costa, sobre todo Cabañas, Aguadores, Daiquirí y Siboney. Luego, una vez tomado Daiquirí, los cubanos desplegarían una bandera cubana para que la escuadra suspendiera el fuego artillero.

Cuarto. Al mismo tiempo, y para confundir aún más al ejército español, diez transportes con tropas apoyados por tres buques de guerra, deberían efectuar un simulacro de desembarco frente a Cabañas; y mientras tanto, el general cubano Jesús Rabí atacaría esta posición por la retaguardia.

²⁷ CASTELLANOS GARCÍA, Gerardo: *Lino Dou*. Asociación Cultural Femenina, La Habana, 1944, pp. 33-36. (folleto).

El desembarco del 5º Cuerpo de Ejército en Daiquirí y el de Shafter en Siboney

El plan de Calixto García tuvo un éxito completo. Las fuerzas mambisas con el brigadier Castillo Duany y el coronel González Clavel al frente avanzaron y tomaron Daiquirí, y su guarnición evacuó sin presentar combate.

Un hecho histórico poco conocido ocurrió en la toma de Daiquirí. Al entrar los mambises, unas mujeres del poblado salieron a recibirlos y una de ellas entregó al teniente Remigio Castañeda varios objetos abandonados por los españoles, entre ellos una bandera. El teniente Castañeda, llevado por el entusiasmo, tremoló imprudentemente aquella bandera española para que pudieran contemplarla sus compañeros. Los norteamericanos, al divisar con sus prismáticos la bandera, lanzaron una andanada creyendo que se trataba de alguna fuerza española. Allí cayeron varios cubanos heridos y muertos, y entre estos últimos, Castañeda, quien irónicamente murió cubierto por la bandera que había estado combatiendo durante cuatro años y a causa de proyectiles aliados²⁸. El brigadier Castillo, ante el peligro que corrían sus tropas por el error de la escuadra de Sampson, ordenó que inmediatamente fuera izada la bandera cubana en lo alto de la torre del heliógrafo, que había sido abandonado intacto por los españoles. Acto seguido, cesó el terrible fuego naval.

Una vez ocupado Daiquirí, se inició el desembarco norteamericano con absoluta tranquilidad y seguridad, tal como si se tratara de unas meras maniobras en tiempo de paz. Las tropas desembarcaron por el siguiente orden: primero, la División Lawton; segundo, la Brigada Bates; tercero, la División de Caballería desmontada de Wheeler; cuarto, la División Kent; y quinto, el Tercio de Caballería del coronel Rafferty.

Al caer la noche, habían desembarcado seis mil hombres; no obstante, la operación continuó hasta el día 26, en que terminó el desembarque de toda la artillería de campaña. El día 29, el general Shafter dejó sólo el vapor *Securança* en Daiquirí, en el que había embarcado.

El desembarco fue tan caótico como el embarque de las tropas y del material. Las baterías de las distintas divisiones fueron desembarcadas, pero los caballos y los mulos iban en otro transporte y las municiones en otro. Incluso hubo un transporte que se alejó hasta doce o quince millas de la costa, por lo que fue preciso enviar a un buque de guerra para “cazarlo” literalmente. Aquella enorme confusión que reinaba en el desembarco se debió a las mismas causas del desorden que hubo en la conducción del convoy:

²⁸ MEDEL, José A.: *Op. cit.*, p. 26.

los transportes no estaban a las órdenes de oficiales de la Armada y los capitanes mercantes actuaban por su cuenta. En fin, un desembarco desastroso; no obstante, los norteamericanos tuvieron la suerte de contar entonces con el apoyo de Calixto García. En efecto, si aquel desembarco caótico fue un éxito, se debió a que miles de soldados mambises cubrieron las espaldas a los norteamericanos ante un posible ataque español, lo que hubiera provocado un descalabro de enormes proporciones. Debe destacarse que durante todo el desembarco las fuerzas cubanas de Castillo Duany y de González Clavel no dejaron de hostigar a las tropas españolas para que no hicieran un ataque en Daiquirí durante el desembarco.

El día 29, el general Shafter decidió dejar el *Securança* y desembarcar en Siboney para ponerse al frente del ejército, y se entrevistó con Calixto García para ultimar el plan de ataque a Santiago de Cuba. Al día siguiente, Shafter llegó a El Salado, estableciendo allí su primer Cuartel General. A continuación, celebró un Consejo de Guerra del que formaron parte la mayoría de los generales norteamericanos y al que asistieron además los brigadieres cubanos Demetrio Castillo Duany y Carlos García Vélez, y también el jefe de Estado Mayor de Calixto García, el coronel Tomás Collazo.

El día 23, la División Lawton, la primera en desembarcar en Daiquirí, avanzó sobre Siboney a través de un pésimo camino. Se trataba de un trillo muy malo, no sólo para los bisoños voluntarios, sino también para los veteranos del ejército regular que estaban acostumbrados a las guerras indias sobre desiertos arenosos y rocosas montañas desprovistas de vegetación. Los hombres de Lawton tuvieron que marchar penosamente en columna de a dos, y resultó imposible el empleo de franqueadores en aquellas impenetrables maniguas tropicales. En vanguardia marchaban las fuerzas mambisas de Castillo y González Clavel, que tras la ocupación de Siboney, y tras un breve ataque con las tropas españolas por la retaguardia que duró sólo unos minutos, las persiguieron en su repliegue hasta hallarlas nuevamente pero parapetadas y dispuestas a combatir en las alturas de Las Guásimas²⁹. Allí se libraría la segunda batalla terrestre entre las tropas aliadas cubano-norteamericanas y las españolas, tras la anterior batalla de Guantánamo, que expondremos a continuación.

Antes de proseguir con la exposición y análisis de los combates terrestres que culminaron con el asedio y la capitulación de Santiago de Cuba, veamos ahora cómo era la organización del 5º Cuerpo de Ejército que desembarcó en Daiquirí, la del ejército cubano en la isla y la del ejército cubano en la provincia de Santiago de Cuba.

²⁹ En aquel breve combate, los insurrectos cubanos tuvieron veinte muertos y numerosos heridos, mientras que las bajas españolas fueron muy inferiores.



El escuadrón "Rough Riders".

CUADRO 5
ORGANIZACIÓN DEL 5º CUERPO
DE EJÉRCITO NORTEAMERICANO
 William Shafter.- Mayor General de Voluntarios.

PRIMERA DIVISIÓN:
 Brigadier J.F. Kent.- Jefe.

- Primera Brigada.- Brigadier H.S. Hawkings.
 6º Rgto. de Infantería.- Teniente coronel Egbert.
 16º Rgto. de Infantería.- Coronel Theaker.
 71º Rgto. de Voluntarios de Nueva York.- Coronel Downs.
- Segunda Brigada.- Coronel E.P. Pearson.
 2º Rgto. de Infantería.- Teniente coronel Whearry.
 10º Rgto. de Infantería.- Teniente coronel Kellog.
 21º Rgto. de Infantería.- Teniente coronel Mc. Kibbin.
- Tercera Brigada.- Coronel C.A. Wikoff.
 9º Rgto. de Infantería.- Teniente coronel Ewers.
 13º Rgto. de Infantería.- Teniente coronel Worth.
 24º Rgto. de Infantería.- Teniente Coronel Liscum.

SEGUNDA DIVISION:
 Brigadier H.W. Lawton.- Jefe.

- Primera Brigada.- Coronel J.J. Van Horn.
 8º Rgto. de Infantería.- Comandante Conrad.
 22º Rgto. de Infantería.- Teniente coronel Patterson.
 2º Rgto. de Voluntarios de Massachussets.- Coronel Clark.
- Segunda Brigada.- Coronel E. Miles.
 1º Rgto. de Infantería. Teniente coronel Bisbee.
 4º Rgto. de Infantería.- Teniente coronel Brainbridge.
 25º Rgto. de Infantería.- Teniente coronel Daggett.
- Tercera Brigada.- Brigadier A.R. Chaffee.
 7º Rgto. de Infantería.- Coronel Benham.
 12º Rgto. de Infantería.- Teniente coronel Comba.
 17º Rgto. de Infantería.- Teniente coronel Haskett.

DIVISION DE CABALLERÍA:
 Mayor general .- J. Wheeler.- Jefe.

- Primera Brigada.- Brigadier S.S. Sumner.
 3º Rgto. de Caballería.- Comandante Wessells.
 6º Rgto. de Caballería.- Teniente coronel Carroll.
 9º Rgto. de Caballería.- Teniente coronel Hamilton.
- Segunda Brigada.- Brigadier S.B. Young.
 1º Rgto. de Caballería.- Teniente coronel Viele.
 10º Rgto. de Caballería.- Comandante Norvell.
 1º Rgto. de Caballería Voluntaria (*Rough Riders*).- Coronel Wood.

BRIGADA INDEPENDIENTE:
 Brigadier.- J.C. Bates.- Jefe.

- 3º Rgto. de Infantería.- Coronel Page.
 20º Rgto. de Infantería.- Comandante Mc. Caskey.
 1 Tercio del 2º Rgto. de Caballería.- Comandante Rafferty.

CUADRO 6
ORGANIZACIÓN DEL EJÉRCITO
DE LA REPÚBLICA DE CUBA EN ARMAS
Generalísimo.- Máximo Gómez
Lugarteniente General.- Calixto García

<p>Seis Cuerpos de Ejército distribuidos de la forma siguiente: Primer y Segundo Cuerpo (Provincia de Santiago de Cuba).- Tercer Cuerpo (Provincia de Camagüey).- Cuarto Cuerpo (Provincia de Santa Clara).- Quinto Cuerpo (Provincia de Matanzas).- Sexto Cuerpo (Provincia de Pinar del Río).</p> <p>Cada cuerpo tenía su Cuartel General y Estado Mayor. Había un Departamento de Inspección General y un Departamento de Sanidad General para todo el Ejército cubano.</p> <p>Existía además un Departamento para el envío de expediciones (llamadas <i>filibusteras</i> por los españoles) desde los Estados Unidos. Como también el Departamento de Administración Militar, dividido en Prefecturas y sub-Prefecturas.</p> <p>El estado del Ejército cubano al finalizar la guerra en 1898 era el siguiente:</p>			
Cuerpo	Vivos	Muertos	Total
Primer Cuerpo	13.965	2.185	16.150
Segundo Cuerpo	11.737	1.569	13.306
Tercer Cuerpo	3.960	436	4.396
Cuarto Cuerpo	6.980	2.559	9.539
Quinto Cuerpo	3.537	2.398	5.935
Sexto Cuerpo	2.960	1.518	4.478
TOTAL	43.139	10.665	53.804
<p>De las muertes, cuatro mil quinientas sesenta fueron causadas por herida de bala y seiscientos veinte por arma blanca. Por enfermedades cinco mil doscientas setenta y las restantes doscientas quince ocurrieron a manos españolas.</p> <p>Al finalizar la guerra, en el Ejército cubano había: quince mayores generales, veintiún generales de división y cincuenta y dos brigadieres.</p>			
Durante la guerra murieron:			
Mayores generales			4
Generales de división			2
Brigadieres			16
Coroneles			40
Tenientes coroneles			73
Comandantes			151
Capitanes			205
Tenientes			203
Alféreces			241
Sargentos de primera			137
Sargentos de segunda			129
Cabos			147
Soldados			9.317
TOTAL			10.665

CUADRO 7
ORGANIZACIÓN DEL EJÉRCITO CUBANO
EN LA PROVINCIA DE SANTIAGO DE CUBA
 Lugarteniente General.- Calixto García Iñiguez
 Jefe de Estado Mayor.- Coronel Tomás Collazo

<p>PRIMER CUERPO DE EJÉRCITO: (Después de la muerte del general Antonio Maceo, no se nombró sustituto)</p> <p>Primera División: General de División Pedro A. Pérez. Segunda División: General de División Agustín Cebreco.</p>
<p>SEGUNDO CUERPO DE EJÉRCITO: Mayor General Jesús Sablón Moreno (Rabí).- Jefe.</p> <p>Primera División: General de División Salvador Hernández Ríos. Segunda División: General de División Saturnino Lora. Tercera División: General de División J.M. Capote. Cuarta División: General de División Luis de Feria³⁰.</p>

El ejército cubano en la provincia de Santiago de Cuba en 1898, que es el que más nos interesa, contaba con unos treinta mil hombres divididos como vemos en dos Cuerpos de Ejército. Ambos estaban a las órdenes del lugarteniente general del ejército cubano, el general Calixto García Iñiguez.

La batalla de Guantánamo

La batalla de Guantánamo fue la primera que libró el Ejército de los EEUU en suelo cubano y le proporcionó la posesión de la estratégica bahía exterior de Guantánamo que formó parte de una operación militar que concluiría el día 25 de junio con el mencionado desembarco del 5º Cuerpo de Ejército en Daiquirí.

La bahía exterior de Guantánamo, situada a cuarenta y cinco millas al este de Santiago de Cuba, se hallaba defendida débilmente por un fuerte y varios blocaos de madera construidos en el pueblo de Caimanera. Al otro lado de la bahía se encontraba la ciudad de Guantánamo, y en sus afueras, el poblado de Santa Catalina de Guantánamo, donde el general Pareja tenía su cuartel general con una guarnición de algo más de cinco mil hombres, en su mayoría voluntarios.

Los jefes de la escuadra estadounidense estaban muy preocupados por la proximidad de la estación de los huracanes y creyeron conveniente la conquista de la bahía exterior al pensar que esto permitiría: refugiar sus buques antes de que los fuertes vientos les causaran estragos, establecer una base para carbonear y realizar pequeñas reparaciones a los barcos que hacían el bloqueo de Guantánamo y, también, la posibilidad de establecer allí una cabeza de playa para el desembarco del grueso de las tropas del 5º Cuerpo de Ejército.

³⁰ MEDEL, José A.: *Op. cit.*, Cuadros V, VI y VII, pp. 87-90.

En la noche del 9 de junio, el crucero *Marblehead*, al mando del comandante Bowman McKeala, se aproximó a la costa aprovechando la oscuridad. Al amanecer, el *Marblehead* inició un bombardeo intenso sobre las fortificaciones de Caimanera, obligando a las tropas españolas a replegarse de inmediato a posiciones más seguras en el interior de la bahía y lejanas del alcance de sus proyectiles. Por si fuera poco, hizo su aparición un acorazado de primera, el *Oregon*, que apoyó aquel terrible bombardeo³¹.

Una hora después de comenzar el combate, varias lanchas desembarcaron treinta hombres pertenecientes al Batallón de Marines, cuerpo especial recién creado y entrenado para misiones arriesgadas. Tras un rápido reconocimiento, los marines regresaron al *Marblehead* e informaron sobre el abandono de las fortificaciones por parte de la guarnición y su repliegue hacia posiciones más seguras, fuera del alcance de la artillería naval.

Por la tarde apareció frente a la bahía el buque *Panther*, sobre cuya cubierta iban cuatrocientos marines preparados para desembarcar. Luego, ya entrada la tarde, se produjo el desembarco de ochocientos marines al mando del coronel Huntington. Dicha fuerza invasora se dirigió a la sierra del Cuzco, que domina la bahía de Guantánamo, y de forma un tanto precipitada estableció su campamento en una colina, resultando ser un lugar fácilmente abatible desde las posiciones españolas más próximas.

Al anoecer, avanzadillas españolas se aproximaron a las posiciones enemigas y pudieron comprobar su precaria defensa. Acto seguido se produjeron continuos tiroteos en un intento inútil de desalojar a los marines. Mientras tanto, el general Pareja se dispuso a preparar a sus tropas en Santa Catalina para emprender un contraataque al día siguiente.

Por entonces, unos treinta buques de la armada estadounidense patrullaban por las costas próximas a Santiago, donde se esperaba un próximo desembarco en algún lugar costero. Por ello, la guarnición, al mando del general Arsenio Linares Pombo (aquel mismo día 10 logró su ascenso), compuesta por poco más de diez mil hombres, en su mayoría pertenecientes a regimientos de voluntarios, tomó posiciones en los lugares más estratégicos a lo largo de la costa circular que rodea la ciudad y el puerto, de más de veinte kilómetros. El general Linares envió emisarios al cuartel general de Santa Catalina, con la orden tajante de resistir a toda costa el ataque de los marines.

³¹ BACARDÍ Y MOREAU, Emilio: *Crónicas de Santiago de Cuba*. Imprenta Brocán, Torrejón de Ardoz (Madrid), 1973, 2ª edición, tomo IX, p. 356.

El día 6, ambos buques habían bombardeado las fortificaciones de Caimanera. Al día siguiente, los norteamericanos lograron cortar el cable que unía esta localidad con Santiago de Cuba, quedando incomunicada.

En la mañana del día 11, los marines incendiaron los fortines abandonados por las tropas españolas el día anterior. Las ropas y efectos dejados por los españoles fueron quemados por temor a que estuvieran infectados, ya que aquella fuerza desembarcada sentía verdadero pánico a las enfermedades tropicales, como la generalidad de los militares de los EEUU. Después del mediodía, los marines completaron el desembarco bajando a tierra las piezas de artillería y pertrechos traídos en varios transportes.

Por la tarde se reinició la lucha. Las tropas españolas realizaron sucesivos contraataques contra el campamento norteamericano y en los primeros tiroteos cayeron muertos dos marines, que fueron los primeros muertos en combate de la fuerza expedicionaria estadounidense. Al caer la noche, los españoles llegaron a lanzar cinco ataques sucesivos, pero los marines lograron resistir en sus posiciones.

El domingo día 12 se reiniciaron los combates con mayor dureza. Tropas españolas de refuerzo enviadas por el general Pareja desde Santa Catalina sitiaron la colina y lanzaron un formidable ataque contra el campamento norteamericano. Los marines tuvieron que abandonar sus posiciones y fueron empujados hacia la Playa del Este por el incontenible avance español. Al anochecer, se llegó a la lucha cuerpo a cuerpo y la situación se volvió desesperada para los marines. Hubieran perecido a no ser por la providencial aparición del coronel Enrique Thomas al frente de unos cien mambises. Aquellos combatientes, conocedores a la perfección del terreno y terriblemente eficaces en la guerra de guerrillas, emprendieron una serie de contraataques por sorpresa que lograron salvar a los marines.

Cuando la batalla duraba ya casi cien horas de lucha encarnizada, varios buques de guerra, entre ellos el *Texas*, entraron en la bahía dispuestos a resolver la situación comprometida de sus tropas. El cañoneo fue enorme y obligó a los mandos españoles a tener que dar la orden de repliegue general para ponerse a salvo del bombardeo. Por desgracia para los españoles, las minas colocadas a la entrada de la bahía no funcionaron, pues los cascos de los buques chocaron contra ellas y no estallaron.

Así pues, el 15 de junio, cuatro días después del desembarco de los marines, las tropas de Caimanera se acuartelaron en Santa Catalina, engrosando así la guarnición de Guantánamo; todos los campos y maniguas que rodeaban la ciudad quedaron en poder de los mambises; y en cuanto al batallón de marines, el coronel Huntington ordenó que cavaran

³⁷ FERNÁNDEZ DE LA REGUERA, Ricardo y MARCH, Susana: *Héroes de Cuba*, Planeta, Barcelona, 1981, 10ª edición, p. 395. PLAZA, José Antonio: *Op. cit.* pp. 161-167.

trincheras para asegurar sus posiciones, obteniendo el dominio de la bahía exterior de Guantánamo³². La pequeña base de los marines se mantuvo con dificultad en los días sucesivos, pues a diario fue sometida a continuos tiroteos por parte de partidas españolas que salían de Santa Catalina y de Caimanera. Por esta razón y también por hallarse esta base muy alejada de Santiago de Cuba, el lugar fue finalmente desechado como cabeza de playa para el desembarco del 5º Cuerpo de Ejército, eligiéndose Daiquirí³³ en su lugar.

Los EEUU acababan de ganar su primera batalla en Cuba y la bandera de las barras y estrellas ondeaba por vez primera en suelo cubano, precisamente no lejos de donde aún flamea en nuestros días.

Comentario a la batalla de Guantánamo

El almirante McKeala reconocería en un discurso que los cubanos habían ido a salvarlos del pánico en que se encontraban ellos desde su llegada, que no los dejaba respirar y que no sabía cómo agradecer en nombre del gobierno norteamericano a los cubanos que como una bendición del cielo llegaron en momentos precisos para evitar un desastre a las fuerzas norteamericanas de desembarco³⁴.

Las bajas por ambos bandos contendientes no fueron elevadas, pero la batalla fue realmente de gran importancia a pesar de no ser mencionada en la mayoría de los textos de historia y de la poca importancia que le dio Stephen Crane, que estuvo allí como corresponsal del *World* de Nueva York. En esta primera batalla terrestre, los militares españoles y norteamericanos tuvieron la ocasión de conocerse mejor en combate. Hasta entonces, la opinión general de los estadounidenses era que los soldados españoles eran unos pésimos tiradores; sin embargo, aunque se trataban de voluntarios, los marines pudieron comprobar todo lo contrario en la sierra del Cuzco. En cuanto a los militares españoles, también pudieron observar que aquellos infantes de Marina combatían con un estilo muy peculiar y que no era otro que el que su Ejército había aprendido en la guerra contra los pieles rojas: tomar ventaja en cualquier árbol, roca o maleza; permanecer invisibles en el campo de batalla y, elegir con cuidado cada blanco enemigo³⁵.

³² ALLENDESALAZAR, José Manuel: *Op. cit.* pp. 176-177.

³⁴ *Historia de Cuba*. Dirección Política de las FAR, La Habana, 1973, 3ª edición, p. 498.

³⁵ BARR CHIDSEY, Donald: *Op. cit.* pp. 131-132.

El combate de Las Guásimas

El 20 de junio, para dar cumplimiento al plan estratégico del general Calixto García, fuerzas mambisas al mando del general Agustín Cebreco comenzaron a ocupar posiciones al oeste y noroeste de Santiago de Cuba, con el fin de interceptar cualquier tropa de refuerzo y simular además una operación destinada a distraer a las fuerzas españolas.

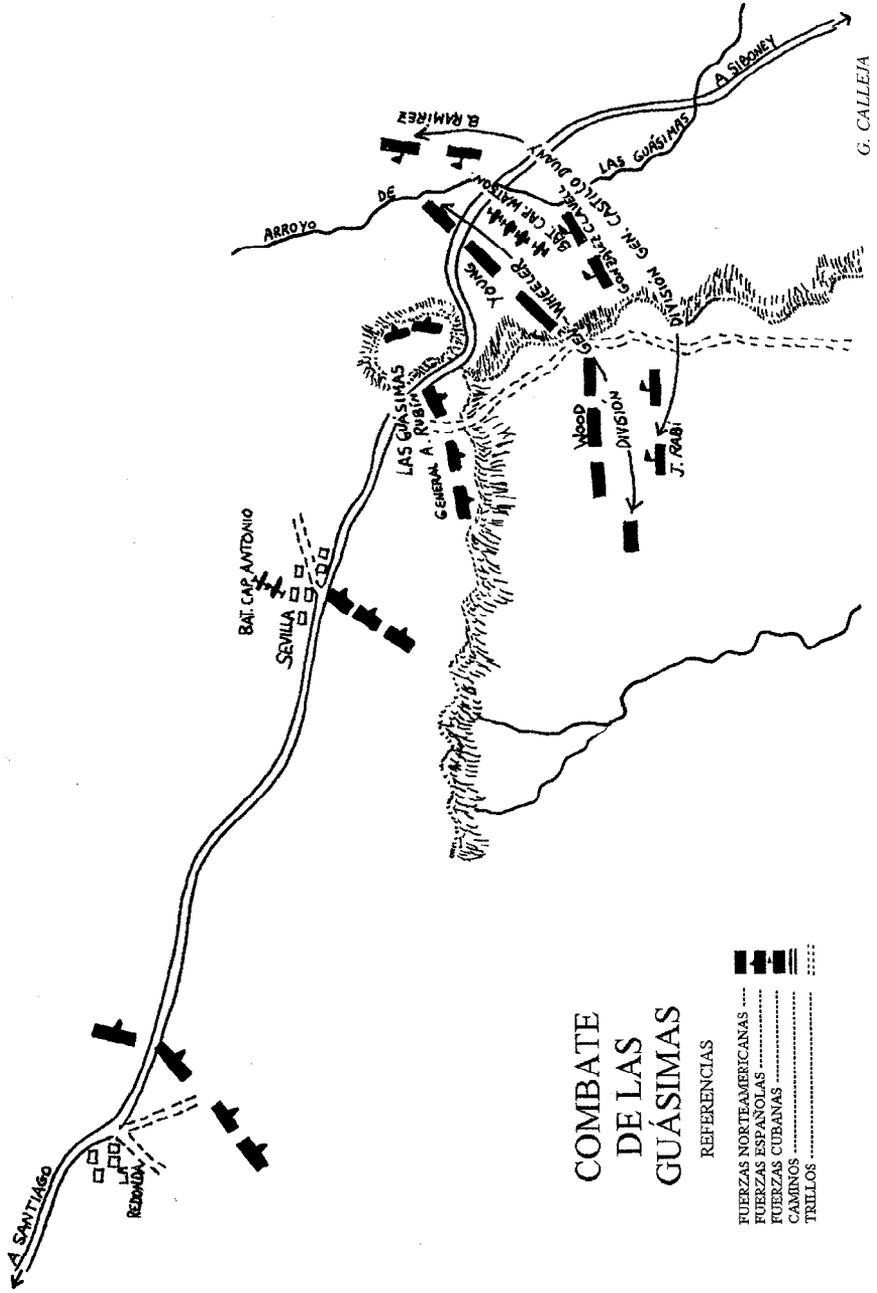
Al día siguiente, un contingente de tropas cubanas se situaba cerca de Guantánamo para cooperar con los marines e impedir la salida de cualquier fuerza de Santa Catalina. Mientras tanto, otro contingente de tropas cubanas formado por quinientos treinta hombres de la brigada de Demetrio Castillo Duany y de las fuerzas del coronel Carlos González Clavel, partieron de Aserradero a bordo del buque norteamericano *Leone* con la misión de emprender una operación de limpieza de las costas, desde Sagua a Daiquirí y, finalmente, desembarcaron y tomaron el caserío de Daiquirí.

Como ya hemos reseñado anteriormente, el día 23, tras la toma de Siboney, las tropas cubanas de Castillo y González Clavel, siempre en vanguardia de la División Lawton, atacaron por la retaguardia a las tropas de Siboney, que se habían repliegado y hecho fuertes en las alturas de Las Guásimas. Allí se unieron además a unos trescientos hombres de la guarnición de Daiquirí, que también habían sufrido el acoso de las mismas fuerzas mambisas.

Las Guásimas era un lugar desolado en un desfiladero con varios caseríos abandonados, donde se cruzaban dos caminos que conducían desde Siboney a Santiago de Cuba. Dominado por los altos de Sevilla y por La Redonda, tomaba su nombre de un árbol típico de la región (guásima) y bajo, pero muy tupido de ramas y hojas, y por tanto propicio para las emboscadas³⁶.

Las tropas mambisas de Castillo y González Clavel fueron detenidas en su avance por el nutrido fuego de las fuerzas españolas parapetadas en Las Guásimas. En ausencia de Castillo, que al mediodía había partido hacia Siboney al ser llamado por el mayor general Wheeler, González Clavel quedó al mando de las tropas cubanas y se limitó a sostener tiroteos sin avanzar ante la fuerte posición de los españoles. Para evitar un posible contraataque, González Clavel envió a los oficiales Jesús Rabí por el flanco derecho y a Belisario Rodríguez por la izquierda, mientras él permanecía en el centro con el resto de las fuerzas. Los mambises mantuvieron esta posición durante toda la noche.

³⁶ BARR CHIDSEY, Donald: *Op. cit.* p.140.



G. CALLEJA

Croquis de la batalla de Las Guásimas.

COMBATE DE LAS GUÁSIMAS

REFERENCIAS

- ■ ■ ■ FUERZAS NORTEAMERICANAS
- - - - FUERZAS ESPAÑOLAS
- ▭ ▭ ▭ ▭ FUERZAS CUBANAS
- CAMINOS
- TRELLOS

Aquella misma noche del día 23, el general Linares concentró en Las Guásimas mil quinientos hombres a las órdenes directas del general Rubín, que se parapetaron tras trincheras y cercas de piedra; en Sevilla había además unos quinientos soldados españoles y en La Redonda otros tantos. Por ello, con las fuerzas de Siboney y Daiquirí pudo crearse un contingente de unos tres mil soldados. Dichas fuerzas disponían además de una batería de cañones Krupp cal. 75.

El general Linares ordenó tender alambradas y preparó con cuidado una emboscada. Las fuerzas españolas estaban formadas por tres compañías del Batallón Puerto Rico al mando del comandante Alcañiz, dos compañías del Batallón Talavera y una formada por los soldados de Daiquirí, Siboney y Jaragua.

El plan de Linares era seguir la táctica de los mambises, esto es, atacar por sorpresa y oponer cierta resistencia en el desfiladero de Las Guásimas a las fuerzas invasoras para así facilitar el repliegue ordenado al grueso de las fuerzas del ejército español hacia Santiago de Cuba. En cuanto al general Shafter, todo parecía irle demasiado bien antes del combate del día 24: la complicada operación de desembarco, un auténtico caos de organización, tuvo toda clase de facilidades; y ahora, prácticamente sin lucha, sus tropas se hallaban cerca de Santiago. De ahí que no es de extrañar que pensara en que la victoria estaba muy cerca³⁷.

Una vez localizada la concentración de tropas españolas en Las Guásimas, los norteamericanos consideraron que sería importante batirla, lo que resultó un error táctico.

Severo Gómez Núñez cuenta en su obra sobre la guerra de Cuba que Wheeler se encontró en el camino de Siboney: *al titulado general Castillo y al general Lawton, que le dieron noticias de la presencia de los españoles hacia Sevilla, y sin atender las órdenes de Shafter decidió marchar sobre ellos*³⁸. Sin embargo, las órdenes de Shafter eran muy claras: mantenerse en posición sobre el camino real Daiquirí-Siboney y no avanzar mientras no estuviesen asegurados los abastecimientos de las tropas.

El general Wheeler, un hombre temerario e impulsivo en extremo, decidió desobedecer a Shafter y lanzar un ataque de inmediato con la cooperación de las fuerzas mambisas. No obstante, González Clavel, que había combatido el día anterior contra los españoles en Las Guásimas, se negó a obedecer a Wheeler por haberle ordenado Calixto García que obe-

³⁷ ALLENDESALAZAR, José Manuel: *Op. cit.*, pp. 177-178.

³⁸ GÓMEZ NÚÑEZ, Severo (capitán de Artillería): *La Guerra Hispano-Americana*. Imprenta del Cuerpo de Artillería, Madrid, 1901, tomo IV.

deciera sólo al general Lawton, jefe del desembarco y en cuya división marchaba en vanguardia. Por consiguiente, la actitud del coronel cubano fue correcta.

Wheeler no quiso entonces esperar nuevas órdenes de Shafter, y sin contar con las fuerzas mambisas, preparó su división para atacar al día siguiente; y al efecto, hizo avanzar la Brigada Young por la noche hasta Siboney, a donde llegó a medianoche. A las seis horas del día 24, Wheeler ordenó avanzar hacia Las Guásimas por el camino real Siboney-Sevilla a la Brigada Young con cuatro cañones ligeros y unos cuatrocientos sesenta hombres, y al coronel Leonard Wood con los *Rough Riders*, cuatro cañones ligeros y dos cañones automáticos, sobre el trillo que cruzando el valle de Las Guásimas se une en las alturas con el camino real.

Poco después, el coronel González Clavel –se sorprendió al ver aparecer la vanguardia de la Brigada Young por la derecha, mientras que por la izquierda aparecía el coronel Wood–, les proporcionó informes y guías, y luego partió a Siboney para dar cuenta al brigadier Castillo Duany de lo difícil y arriesgada que sería la operación de asalto a las posiciones españolas por parte de las tropas que había enviado Wheeler³⁹.

Hacia las ocho horas, dos exploradores cubanos aparecieron por el camino. Los escuchas españoles avisaron la presencia del enemigo mediante el consabido canto del cuco⁴⁰. En ese momento, el general Rubín ordenó la primera descarga cerrada de la fusilería española, ocasionando numerosos heridos y una enorme confusión en el enemigo.

El ataque español sorprendió a la unidad de voluntarios que encabezaba la penetración y que se trataba de los *Rough Riders*, con el coronel Wood y el teniente coronel Roosevelt al mando. Las avanzadas de ambas columnas, la de Young y la de Wood, abrieron fuego casi al mismo tiempo, iniciando su repliegue; sin embargo, una lluvia de disparos bien dirigidos les hicieron retroceder. Una vez superado el factor sorpresa de la emboscada, lucharon con gran decisión y firmeza.

³⁹ Antes de que los jefes cubanos pudieran decidir nada, se produciría la retirada de las fuerzas españolas y con ello el final del combate de Las Guásimas.

⁴⁰ PLAZA, José Manuel: *Op. cit.* p. 181.

Tras el desembarco de los marines en Guantánamo (10 de junio), los españoles utilizaron el canto del cuco y los ruidos de diversas aves autóctonas desconocidas por los norteamericanos para transmitir avisos y mensajes de una posición a otra. En Las Guásimas, los norteamericanos estuvieron a punto de descubrir esta argucia por un explorador indio cherokee. Serían los exploradores indios quienes lograron descubrirla.

Entre los primeros heridos hubo un corresponsal que fue retirado por los soldados norteamericanos.

La acometida norteamericana fue duramente castigada por las tropas españolas. Éstas no cejaban y su fuego, por descargas cerradas y con precisión matemática, llegó a ser tan certero y voluminoso que Wheeler, desesperado, tuvo que enviar emisarios a Siboney en busca de refuerzos de Lawton. El general Lawton envió como refuerzos al 9º de Caballería y a la Brigada Chaffec: pero no fue necesario. Antes de que llegaran los refuerzos, el general Rubín, siguiendo instrucciones del general Linares, ordenó la retirada de las tropas españolas, llevándose sus muertos, heridos y bagajes. Esta retirada inexplicable fue considerada por los norteamericanos como parte de un plan estratégico del general Linares.

Cuenta Chidsey que de las tropas norteamericanas que allí combatieron (combate que considera un fracaso e inútil), los únicos no regulares fueron los *Rough Riders* (su primera experiencia en combate): *Su coronel Leonard Wood, un oficial de carrera, permaneció impassible como una estatua de un indio en una tienda de tabaco; pero el teniente coronel Teodoro Roosevelt, saltó de un lado a otro como un niño con ganas de ir al lavabo. Otro que sucumbió a la excitación fue el general "Fighting Joe" Wheeler⁴¹ que, cuando vio a los españoles que se retiraban, se golpeó la rodilla con el sombrero y gritó:*

-¡Vamos muchachos!. ¡Los yankis de mierda están huyendo!⁴²

El coronel González Clavel al frente de sus tropas y las de Castillo, persiguió a las fuerzas españolas en su repliegue y se apoderó de muchos equipos abandonados al producirse la retirada; no obstante, pese al acoso, el contingente español logró llegar a Santiago de Cuba sin dificultad. En cuanto a los soldados de Wheeler, estaban tan extenuados por el calor y el combate que ya no podían más, por lo que no se sumaron a los mambises en la persecución y se contentaron con la conquista de Las Guásimas, Sevilla y La Redonda. El parte de bajas viene reflejado en el siguiente cuadro:

⁴¹ Joseph Wheeler, Mayor General de la División de Caballería del 5º Cuerpo de Ejército, tenía entonces sesenta y dos años. Durante la pasada Guerra de Secesión dirigió, con el grado de coronel, la Caballería del Ejército confederado. Medía metro y medio y pesaba sólo cuarenta y cinco kilos. Por su valor en los combates se ganó el apodo de "*Fighting Joe*" (*Joe el Peleón*). En los últimos diez años había sido elegido senador, distinguiéndose por promover la reconciliación entre el Norte y el Sur. Fue rescatado de su retiro y nombrado Mayor General de Voluntarios del Ejército como último movimiento político para disipar de una vez los rencores dejados por la Guerra de Secesión y cohesionar la amalgama diversa de tropas que tras la guerra formaba el Ejército Regular norteamericano.

⁴² BARR CHIDSEY, Donald: *Op. cit.*, p. 141.



El Teniente Coronel Roosevelt, Jefe del escuadrón de "Rough Riders".

CUADRO 8
PARTE DE BAJAS DEL COMBATE DE LAS GUÁSIMAS

	Ejército norteamericano	Ejército español
Oficiales muertos	1	3
Alistados muertos	15	7
Total muertos	16	10
Oficiales heridos	6	
Alistados heridos	46	
Total heridos	52	25
Total de bajas	68	35

Entre tanto se realizaban estos encuentros, el general Calixto García embarcaba en Aserradero con tropas cubanas al mando del general Jesús Rabí rumbo a Siboney. Tres días después, el general Shafter también desembarcaba en Siboney para asumir el mando supremo de las operaciones terrestres.

Comentario al combate de Las Guásimas

El innecesario combate de Las Guásimas fue a nuestro juicio el más inútil de toda la campaña militar del ejército aliado cubano-norteamericano. Solo la impetuosidad y el ardiente deseo de combatir de Wheeler lo explica, pero en modo alguno lo justifica. Los propios historiadores norteamericanos afirman que fue un verdadero fracaso, ya que Wheeler no ganó absolutamente nada, ni ventajas estratégicas ni tampoco unas posiciones que no hubiera podido obtener sin combatir y sin bajas.

Por parte española, Linares se limitó a seguir la táctica de los insurrectos cubanos: concentró un contingente de tropas en Las Guásimas, atacó por sorpresa y se replegó. No obstante, resulta indiscutible que si el general Rubín hubiera imitado la conducta del brigadier Joaquín Vara del Rey en El Caney, el resultado hubiera sido desastroso para el ejército invasor. Las fuerzas de Wheeler eran sólo novecientos quince hombres, mientras que los españoles contaban con unos tres mil entre Las Guásimas, Sevilla y La Redonda; además, las fuerzas españolas estaban perfectamente parapetadas en posición muy ventajosa.

Aunque las tropas españolas finalmente fueron flanqueadas y vencidas por las numerosas tropas de Lawton, hay que precisar que estos refuerzos

llegaron de Siboney en pequeños grupos y agotados, por lo que las bajas norteamericanas hubieran sido enormes y también un golpe moral para el 5º Cuerpo de Ejército.

Las fuerzas del general Rubín se retiraron por orden del general Linares, quien dispuso que marcharan sobre Santiago: *por escalones y con todas las precauciones necesarias para rechazar cualquier ataque enemigo*. Sin embargo, la orden debió ser la de resistir en Las Guásimas por ser la posición española más firme entre Siboney y Santiago de Cuba. A partir de este combate, las cosas serían más difíciles para los españoles, ya que sus enemigos se aproximaban a las posiciones escogidas por Linares para presentar batalla; y también, al ceder Las Guásimas, los españoles habían ampliado con gran peligro la línea a defender (dado sus escasos efectivos), que se prolongaba ahora a la izquierda para cubrir la línea de ferrocarril y los suministros de agua a Santiago.

Chadwick tiene razón al afirmar que el mayor error del general Linares consistió en adoptar un dispositivo que: *intentaba cubrir todos los puntos imaginables de ataque en lugar de concentrarse contra el avance de un enemigo que, como estaba claro, iba a atacar desde el Este*⁴³. Aunque Linares tenía que tomar medidas de precaución contra los mambises que infestaban la región oriental, en los siguientes combates contra el 5º Cuerpo de Ejército - su principal enemigo - sólo emplearía el trece por ciento de los hombres inmediatamente disponibles en Santiago y sus alrededores, y menos del seis por ciento de los que tenía a su mando en su jurisdicción. En cambio, Shafter acumularía contra él un ochenta y seis por ciento de sus efectivos⁴⁴. Este desprecio de Linares al lógico principio de concentración lo pagaría muy caro.

En otro orden de cosas, veamos la situación de los mambises. González Clavel fue acusado por Wheeler de cobarde, pero ni él ni los historiadores norteamericanos han querido explicar que Wheeler desobedeció al general Shafter al decidir por su cuenta atacar a los cubanos en Las Guásimas, mientras que el coronel cubano se limitó a acatar las órdenes del general Lawton, jefe de las fuerzas norteamericanas desembarcadas, por orden expresa del general Calixto García. Además, González Clavel y Castillo Duany aconsejaron a los norteamericanos que no combatieran en Las Guásimas por tratarse de una posición desfavorable, pero Wheeler no hizo caso y su avance improvisado resultó desastroso.

⁴³ CHADWICK, French Ensor: *The Relations of the United States and Spain: The Spanish-American War*. Charles Scribner's Sons, Nueva York, 1911, vol. II, p. 72.

⁴⁴ ALBI, Julio y STAMPA, Leopoldo: *Op. cit.* vol. II, p. 542.

Por otra parte, las relaciones entre los mambises y los norteamericanos eran muy malas, aunque combatiesen juntos. El día 23 se produjo un grave incidente por la insolente actitud del alto mando norteamericano, al ordenar éste que se ocupara una casa que servía de cuartel general del brigadier Demetrio Castillo Duany y se arriara la bandera cubana para izar la de los EEUU. A duras penas los mambises pudieron contener su justa indignación, llegándose a plantear la reconquista del local. Además, los mambises no estaban contentos con que se les intentara relegar a meras labores de explotación y acarreo de abastecimientos.

El ejército de Calixto García, lejos del lugar de invasión y de Santiago, tuvo que permanecer embarcado en dos vapores norteamericanos durante días, esperando recibir órdenes para saltar a tierra. Calixto García estaba furioso por sentirse relegado en los momentos decisivos. Así pues, los mambises no tuvieron más remedio que soportar aquel maltrato que consideraban humillante para poder continuar luchando junto a los norteamericanos y evitando en lo posible que no les quitaran el protagonismo.

La decisión de Shafter: atacar las alturas de San Juan y El Caney

Shafter quería marchar directamente desde su cuartel general en Siboney a Santiago de Cuba. Tenía que atravesar una cordillera, lo que hizo la expedición que combatió en Las Guásimas, y que pese a su fracaso militar innecesario, había servido para abrir un camino. Desde un punto al norte de Las Guásimas podía verse Santiago. Al norte de este territorio la topografía volvía a nivelarse por un trecho y el terreno intermedio a recorrer, de más de ocho kilómetros de largo, era ondulado y cortado por numerosos riachuelos y lleno de malezas. Además, sobre casi todos los promontorios algo elevados se erigía una casamata⁴⁵.

⁴⁵ Las casamatas eran pequeños fuertes donde se agrupaban las fuerzas españolas y fueron un elemento importante en la guerra de Cuba. En su origen, habían sido construidas por el ejército español como lugares de protección para las tropas. Eran cuadradas y de dos pisos: la planta baja, por lo general de piedra, y la de arriba de madera. En algunos casos, la parte superior sobresalía por encima de la inferior, como en los fuertes coloniales americanos; y en otros tenían los costados rectos. A menudo estaban rodeadas por trincheras profundas y alambre de púa. El alambre de púa solía atarse a los árboles y a los arbustos fuertes, y no a los postes que podía ser arrancado. Los norteamericanos carecían de tenazas para cortar el alambre de púa, por lo que les ocasionó muchos problemas.

Una pieza de artillería moderna de entonces podía destruir con facilidad una casamata española, pero el ejército norteamericano carecía de cañones modernos (la Artillería era el Arma más abandonada del servicio), y era invulnerable ante las pequeñas armas de fuego.

Durante la noche del 30 de junio, los centinelas de los puestos de guardia de Fuerte Canosa habían dado voces de alarma. A lo largo del frente, los movimientos de las tropas norteamericanas se hicieron incesantes y evidentes. Las tropas del general Linares apenas pudieron dormir. A las seis horas del día siguiente, 1 de julio, los soldados españoles ya habían desayunado en sus posiciones de las trincheras, fuertes y blocaos. Los artilleros habían hecho la última limpieza de sus cañones; y los francotiradores de mejor puntería se habían acomodado en las copas de las palmeras, camuflados entre sus hojas, para observar desde la altura la actividad de las fuerzas enemigas.

El general Linares y su Estado Mayor habían conferenciado durante toda la noche en Fuerte Canosa, defendido por marinos de la escuadra del almirante Cervera al mando del capitán de navío Joaquín Bustamante, jefe de Estado Mayor de la escuadra de Cervera, que estuvo recorriendo a caballo los puestos arengando a sus hombres y recordándoles el plan de retirada y reembarque en caso de que dicha orden fuera cursada por Linares y Cervera.

Aquella noche, barcos norteamericanos se acercaron a las costas que rodean la bahía por el lado de Aguadores. Su desplazamiento fue detectado y seguido por los artilleros de las fortalezas de El Morro y La Socapa, pero se situaron lejos del alcance de los cañones.

El general Linares, frente a los mapas del amplio frente que tenía que defender, ignoraba cuál sería el eje del ataque enemigo. Pensó que los movimientos de los barcos de Sampson podrían significar que el enemigo intentaba romper la defensa por la costa de Aguadores, donde fueron observados grandes movimientos de tropas norteamericanas toda la noche. Linares disponía de dos mil hombres para reforzar las posiciones más castigadas.

Así pues, el día 1 de julio, las fuerzas norteamericanas, tras una marcha fatigosa y complicada aún más por graves problemas logísticos (la intendencia fue incapaz de seguir el avance de las tropas), se encontraron frente a la línea defensiva española. El único eje posible para el avance contra Santiago era el estrecho camino de Siboney, que discurría entre una densa manigua, hasta unos quinientos metros de las Lomas de San Juan (situadas entre Siboney y Santiago, a medio camino), cuando la vegetación desaparecía casi por completo, formándose una llanura sembrada sólo de matorrales. Al noroeste de ellas, se hallaba el poblado de El Caney. El general Shafter quería atacar El Caney y las alturas de San Juan, al considerar ambas posiciones como obstáculos en su marcha hacia Santiago; sin embargo, El Caney no lo era, ya que se trataba de un puesto avanzado al nordeste de la ciudad.

El día anterior, Shafter fue informado por los mambises que una fuerte columna española al mando del coronel Escario se dirigía a marchas forza-

das desde Manzanillo a Santiago, lo que le decidió a iniciar de inmediato los combates antes de que la guarnición se reforzara con estas tropas. Una vez que reconoció el terreno y fue informado por los mambises sobre las posiciones y fuerzas españolas, tomó las siguientes disposiciones:

Primera. La División Lawton, apoyada por la Batería de Capron, atacaría El Caney al romper el alba. El general Lawton ya había estudiado el terreno con unos binoculares y le había asegurado que podría tomar El Caney en dos horas.

Segunda. Tan pronto como se abriera fuego contra El Caney, la División de Caballería de Wheeler y la de Infantería de Kent, apoyadas por la Batería de Grimes, situada en el monte de El Pozo, avanzarían y se desplegarían frente a San Juan. Al llegar al claro, la caballería atacaría por la derecha y la infantería lo haría por la izquierda.

Tercera. Una vez tomado El Caney, Lawton volvería sobre Santiago y ocuparía el flanco derecho de Wheeler con el apoyo de una batería, y entonces las tres divisiones unidas atacarían las alturas de San Juan.

Cuarta. La Brigada Independiente de Bates y dos baterías quedarían en reserva. Como el mayor general Wheeler se hallaba enfermo, su División de Caballería estaría a cargo del brigadier Sumner, con lo que el coronel Wood pasaría a mandar la 1ª Brigada de Caballería en su lugar, y el teniente coronel Roosevelt quedaría al mando del Regimiento 1º de Caballería Voluntaria (*Rough Riders*).

Las fuerzas mambisas de las brigadas del Ramón de las Yaguas, pertenecientes a Carlos González Clavel, ahora ascendido a general, ocuparon el flanco izquierdo de la Brigada Chaffee sobre el camino de Santiago y la finca Santo Tomás. Dichas fuerzas compuestas por cuatrocientos soldados cubanos estaban a las órdenes de los comandantes Duany e Izaguirre, ya que el general González Clavel se hallaba protegiendo a la Batería Grimes con el resto de la División Castillo, las brigadas de Jiguaní y Bayamo, y el resto de la División del Ramón de las Yaguas.

Una vez terminada la batalla de San Juan, el general Calixto García desde Marianaje enviará a González Clavel la orden de marchar con todas sus fuerzas a El Caney para cooperar en la toma del poblado. Así, el general González Clavel pasará a ocupar el flanco derecho de la Batería Bates e izquierdo de Chaffee.

La batalla de El Caney

La guarnición de El Caney estaba a las órdenes del brigadier Joaquín Vara del Rey Rubio y constaba de las siguientes fuerzas: tres compañías del

Regimiento Constitución⁴⁶, cuarenta y un hombres del Regimiento Cuba, cuarenta y cinco guerrilleros y cincuenta movilizados. En total, quinientos veintisiete hombres, de los que cuarenta ocupaban un fortín de piedra llamado El Viso. Las fuerzas españolas carecían de ametralladoras y de artillería; sin embargo, tuvieron que resistir el ataque de quince regimientos norteamericanos con poderosa artillería y ametralladoras.

Las defensas de El Caney se reducían a El Viso y cuatro blocaos o fortines de madera, conectados entre sí por trincheras y alambradas. Por otra parte, en previsión del ataque del enemigo, fueron aspilladas las casas de mampostería y la iglesia del pueblo.

Shafter pretendía que Lawton envolviera el poblado para cortar la retirada española sobre Santiago. Con este objeto, la Brigada Ludlow se situó sobre el flanco derecho español, la Brigada Miles en el centro y la Brigada Chaffee con los mambises sobre el flanco izquierdo, que era donde precisamente se encontraba el fuerte de El Viso. La Brigada Bates actuaba como reserva y la Batería Capron se situó a más de un kilómetro y medio a retaguardia de Bates sobre el lado sudeste del poblado, apoyada por el batallón cubano del comandante Vicente Castillo, perteneciente al Regimiento Maceo.

El día 1 de julio de 1898, a las seis horas, se inició el combate con el primer cañonazo. La Batería Capron, emplazada durante la noche en el monte de El Pozo frente a El Caney, abrió fuego y las nubes que salían de las bocas de los cañones descubrían su posición, al tiempo que indicaban a los españoles lo antiguas que eran sus piezas de artillería. El bombardeo intentaba concentrarse en los blocaos de madera y las edificaciones de la vieja iglesia del poblado; pero, unos disparos caían largos y otros cortos, y muy pocos dentro del recinto, rodeado por trincheras y alambradas.

Al mismo tiempo, los españoles abrieron fuego sobre las avanzadas de la Brigada Chaffee, que comprendió que el núcleo principal de la resistencia era El Viso, por lo que intentó tomarlo cuanto antes. El avance de las tropas norteamericanas se produjo a las siete. Oleadas de soldados, en movimientos coordinados de ataque, empezaron a disparar sus fusiles a menos de cuatrocientos metros. Al poco rato, los norteamericanos intentaron un avance, pero fue rechazado por el formidable fuego de los quinientos *Mau-ser* de tiro rápido de la fusilería española, que por descargas cerradas y muy rasantes, producían numerosas bajas. Mientras tanto, la Batería Capron no cesaba de disparar sobre El Viso, el pueblo y las trincheras.

⁴⁶ Por el combate de El Caney se concedió a su Bandera la Corbata de la Real y Militar Orden de San Fernando.

El combate era desesperado. Lawton creyó haber tomado el poblado a las ocho, pero se equivocó. Estaba frenético por aquella resistencia inesperada y decidió aumentar su ataque en todo lo posible. Sin embargo, la defensa de los hombres de Vara del Rey era excelente, no dejando de disparar sobre las sucesivas oleadas de la infantería enemiga.

A las nueve se interrumpió el combate, pues los generales norteamericanos decidieron pedir refuerzos. Vara del Rey aprovechó este descanso para hacer recuento de sus bajas: medio centenar entre muertos y heridos. Pero el combate no había hecho más que comenzar.

El asalto a El Caney se reanudó a las once al llegar los refuerzos solicitados. La Brigada Bates entró en acción incrementando los efectivos norteamericanos a seis mil seiscientos hombres. Al mediodía, El Caney resistía y los bravos defensores españoles combatían heroicamente frenando el poderoso ataque de la División Lawton. El general Linares comprendió que Shafter, por alguna razón que desconocía, había supeditado el avance de sus fuerzas (quince mil hombres en un frente de más de ocho kilómetros) a la toma del fuerte de El Viso, lo que constituía un grave error estratégico.

A las trece horas, las brigadas de Miles y Bates recibieron la orden de avanzar por el espacio que quedaba entre los generales Chaffee y Ludlow, siendo este avance rechazado con grandes pérdidas por el terrible fuego español. Una hora después, la Batería Capron avanzó su posición a cerca de un kilómetro de El Viso y su fuego se hizo ya efectivo. Las granadas Shrapuell reventaban sobre el fuerte de piedra y las trincheras con gran efectividad. Algunas agujereaban el techo de El Viso y traspasaban los fortines de madera como si fueran de papel: sin embargo, la defensa española continuaba enconada. El brigadier Vara del Rey, héroe de esta acción, estaba dispuesto a morir antes de rendirse y, siguiendo la tradición de la oficialidad española en los combates, se paseaba sable en mano entre el fuerte y las trincheras arengando y alentando a sus hombres y desafiando las balas enemigas.

Hacia las quince horas, Lawton recibió la orden terminante de abandonar El Caney y marchar sobre San Juan. Sin embargo, desobedeció a Shafter y furioso decidió continuar el combate aún con mayor ardor; mientras, el general González Clavel se incorporaba con el resto de sus fuerzas⁴⁷. A esa misma hora, la artillería norteamericana, cada vez más cerca de las posiciones españolas, comenzó a barrer los muros y las trincheras de El Caney. La infantería

⁴⁷ El general Lawton, que había pretendido tomar El Caney en dos horas, tardaría casi trece (once de combate). En tales circunstancias, se vio precisado a pedir refuerzos urgentes a Calixto García y a la Brigada Miles (2ª Brigada de la División de Lawton). Los dos batallones enviados por E. Miles fueron reforzados por batallones de Infantería cubanos enviados por Calixto García.

lanzó un fuerte ataque, llegando al combate cuerpo a cuerpo con la bayoneta calada ante las alambradas. Vara del Rey, herido de bala en una pierna y con un torniquete improvisado en el muslo, seguía arengando a sus hombres a no retroceder un palmo de terreno ante el enemigo. De sus quinientos veintisiete hombres, la mitad de ellos habían muerto o estaban malheridos.

Hacia las dieciséis treinta horas, las fuerzas de Chaffee y la División González Clavel, protegidas por un violento fuego de artillería, se lanzaron al asalto sobre El Viso, casi demolido, y las trincheras. Este avance fue detenido una vez más y esta vez al pie del fuerte, por el terrible fuego de los Mauser, a pesar de contar con un efectivo seis veces superior a los defensores. Vara del Rey, ahora herido de bala en ambas piernas, siguió dirigiendo la defensa desde una camilla llena de sangre; pero una nueva cometida tiene éxito. A las diecisiete horas, once horas después de iniciarse el combate, cuando los españoles tenían ya dos centenares de heridos y escasas municiones, los asaltantes, con soldados cubanos del batallón Caonao al frente⁴⁸, coronaron por fin la altura y entraron en El Viso en ruinas, donde hallaron siete supervivientes, diez muertos y once heridos. En este combate falleció el heroico teniente mambí Franco.

Los españoles se retiraron lentamente sobre el pueblo combatiendo y se hicieron fuertes en la iglesia y en las casas de mampostería. Tomado El Viso, el fuego norteamericano se concentró sobre El Caney, siendo rechazadas las columnas atacantes. Pero, una vez consolidada la artillería norteamericana en El Viso, numerosos proyectiles cayeron sobre el poblado, imposibilitando toda eficaz resistencia. En su retirada, las fuerzas invasoras tuvieron que tomar con gran dificultad la iglesia y las casas fueron conquistadas una a una. Entre las ruinas de El Caney vibraba el alma de los soldados españoles, destacándose la figura de Vara del Rey, que se agigantaba aún más.

Sintiendo que se debilitaba, Vara del Rey hizo entrega del mando al teniente coronel Puñet, quien con ochenta hombres organizó la retirada. El Caney fue ocupado a las dieciocho cincuenta horas, marchando los cubanos siempre en vanguardia, por lo que fueron los primeros en entrar tanto aquí como en El Viso⁴⁹.

⁴⁸ *Historia de Cuba*. Dirección Política de las FAR. La Habana, 1973, p. 503. Cita la obra del capitán Aníbal Escalante Beatón (*Calixto García: su campaña en el 95*. La Habana, 1946) en la que dice que Lawton tuvo que aceptar las indicaciones de Calixto García: *Los consejos de nuestro jefe son aceptados por el general Lawton y la táctica a seguir para el segundo ataque, había de dar fructíferos resultados. Aquella manera de avasallar fortificaciones empleada por los mambises en Guáimaro, Tunas, Guisa y Jiguaní, había de servir de norma a Lawton para capturar no sólo El Viso, sino también el pueblo del Caney.*

⁴⁹ El Estado Mayor del general González Clavel se componía del teniente coronel Ramiro Céspedes, jefe de Estado Mayor; el comandante Juan Mapons, jefe del Despacho; el capitán ayudante Alberto Plochot; tenientes ayudantes Pablo Torres y Rafael Estévez (muerto éste en acción); y los tenientes Antonio Sagaró y José Baldoquín.

La retaguardia española, compuesta por unos cien hombres al mando del comandante Juan Puñet, defendió heroicamente los escasos supervivientes que trataron de escapar, entre los que iba el propio general Vara del Rey y un grupo de heridos montados en acémilas que tomaron por el callejón que va de El Caney a San Miguel de Lajas, y de ahí a Santiago. Este grupo daba la apariencia de tropas en retirada, y por ello, al ser descubierto por las fuerzas cubanas y norteamericanas, éstas concentraron sobre él un fuego certero. Vara del Rey iba en camilla y ante el fuego enemigo cayeron muertos sus cuatro camilleros, poco después los cuatro que les sucedieron, y la misma suerte corrieron los relevos posteriores. Finalmente, el general Vara del Rey recibió un disparo mortal en la cabeza, y los heridos montados también murieron acibillados; entre estos últimos halló la muerte el valeroso teniente Domínguez. Ninguno de ellos escapó con vida.

Tras la conquista de la posición española, el cadáver de Joaquín Vara del Rey recibió todos los homenajes de admiración y respeto por parte de los norteamericanos y cubanos. En su entierro, sus propios enemigos le tributaron los más altos honores militares.

El comandante Puñet mantuvo la retaguardia con gran valor, llegando por la noche a Santiago con menos de sesenta hombres. En El Caney los españoles perdieron: un general, dos comandantes y cuatro tenientes muertos; y cuatro capitanes y seis tenientes segundos heridos. El total de bajas fue trescientos cinco hombres de un efectivo de cuatrocientos treinta y seis; es decir, casi el noventa por ciento.

Por parte norteamericana: cuatro oficiales y setenta y siete alistados muertos; y veinticinco oficiales y trescientos cincuenta y cinco alistados heridos. De ahí que el total de bajas fue de cuatrocientos cuarenta y siete hombres, lo que equivalía al siete por ciento de sus tropas.

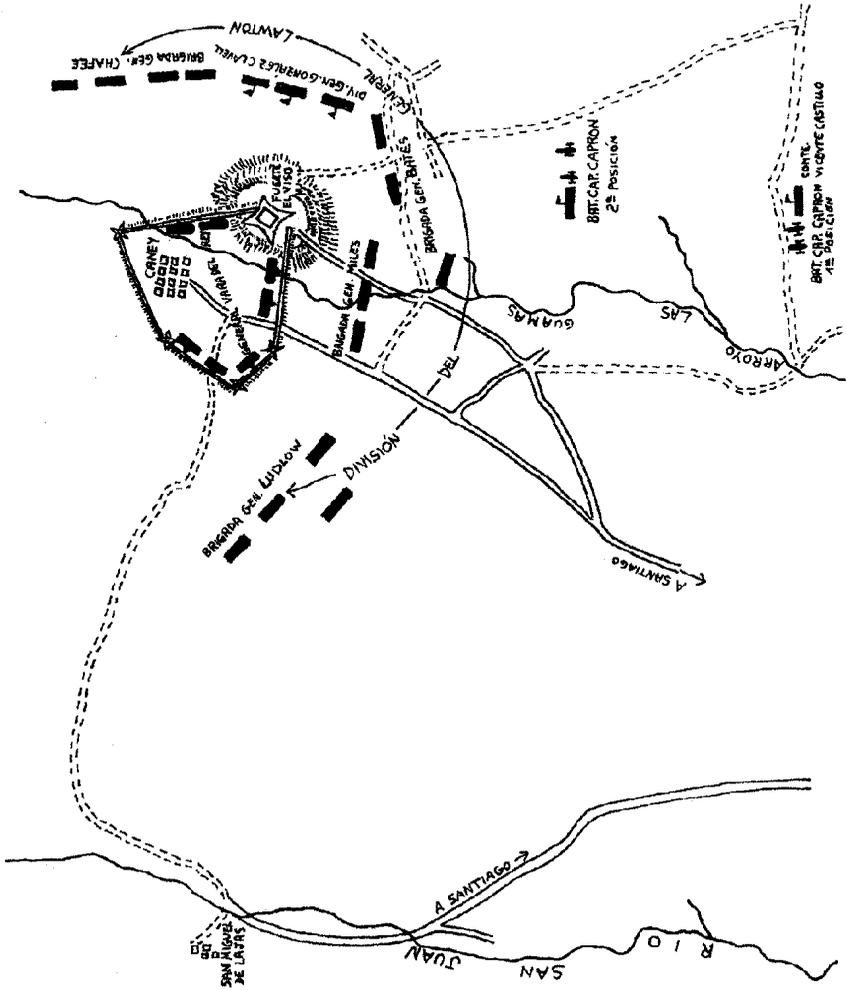
Aquel día 1 de julio de 1898, la guarnición de El Caney con el heroico general Vara del Rey al frente, escribió una de las páginas más gloriosas de la historia militar de España. La defensa de El Caney quedará siempre unida a la gesta del general de brigada Joaquín Vara del Rey, muerto en combate a los cincuenta y ocho años de edad⁵⁰.

⁵⁰ GARCÍA PÉREZ (Teniente Coronel): *Patria*. Imprenta del Colegio de M^a Cristina, Toledo, 1923, 3^a edición, p. 51. Joaquín Vara del Rey y Rubio nació en Ibiza el 14 de agosto de 1841. El 2 de enero de 1857 ingresó como cadete en el Colegio de Infantería. El 1 de junio de 1859 fue promovido a subteniente. En 12 de agosto de 1860 ascendió a teniente. El 22 de junio de 1866 mereció el grado de capitán. En 24 de septiembre de 1868 obtuvo el grado de comandante. En 30 de abril de 1871 ascendió a capitán. En 4 de agosto de 1872 obtuvo el nombramiento de teniente coronel. En 13 de enero de 1876 ascendió a comandante. En 22 de enero de 1878 mereció el grado de coronel; en 9 de mayo de 1891 a coronel; y en 30 de junio de 1897 a general de brigada. Por su comportamiento heroico en El Caney, donde murió, obtuvo la cruz de 4^a clase de San Fernando, según real orden de 19 de agosto de 1900 (D.O. núm. 180).

BATALLA DEL CANEY

REFERENCIAS

-  FUERZAS NORTEAMERICANAS
-  FUERZAS ESPAÑOLAS
-  FUERZAS CUBANAS
-  CAMINOS
-  TRILLOS
-  FUERTES
TRINCHERAS Y ALAMBRADAS
-  BATERIAS



G. CALLEJA

Croquis de la batalla de El Caney.

Comentario a la batalla de El Caney

Este combate ha sido muy discutido en términos de estrategia militar por hallarse El Caney muy alejado de la ruta a Santiago. Sin duda, pudo ser flanqueado por las fuerzas norteamericanas sin producirse ninguna baja.

El Caney nunca debió ser atacado a fondo, sino emplear tan sólo un regimiento o a lo sumo una brigada para evitar la salida de su guarnición mientras se producía el ataque a San Juan. Lo que hizo Shafter fue dividir su ejército y enviar casi la mitad contra este puesto avanzado, regularmente fortificado y no bien guarnecido. Siendo la posición eje San Juan, tenía que haber concentrado sus fuerzas y dirigir allí todo su ataque para terminar cuanto antes su ocupación y tener libre el camino hacia Santiago de Cuba.

Conviene que insistamos en que la toma de San Juan dejaba El Caney aislado por completo. Fue un grave error táctico el que Lawton no hubiera situado desde un principio los cañones de la Batería Capron a una distancia adecuada de El Viso para batirlo con más eficacia, ya que el general Vara del Rey carecía de artillería para responder al bombardeo⁵¹.

También Lawton debió haber cargado mucho antes y con un mayor número de hombres. Los hombres de Chaffee y los cubanos no eran suficientes, por lo que tuvieron que ir los de Bates, apoyados unos y otros por el resto de la división, pero nunca tan tarde. Por supuesto, ninguna fuerza abandona las trincheras donde se siente relativamente segura bajo el fuego de la fusilería y cañones de bajo calibre; por ello, debió haber cargado a fondo para desalojarla. En vez de hacer esto, estuvo haciendo fuego de fusil durante casi ocho horas, y cuando se decidió por ordenar la carga, fue el lógico final de la resistencia de los hombres de Vara del Rey.

Al planear el ataque a San Juan y a El Caney, Shafter dispuso que las divisiones de Wheeler y Kent, apoyadas por la Batería Grimes y las fuerzas mambisas de Bayamo, Jiguaní y parte de las del Ramón de las Yaguas, a las órdenes directas de González Clavel, atacaran San Juan tan pronto como se rompiera el fuego en El Caney. Luego, una vez tomado El Caney, la División Lawton debería marchar sobre Santiago y situarse sobre el flanco derecho de Wheeler para completar el cerco, atacando la División Kent

⁵¹ BARR CHIDSEY, Donald: *Op. cit.*, p. 145.

Chidsey afirma que la Batería Capron fue más un estorbo que una ayuda. Aun cuando fueron debidamente colocados los cañones, nada pudieron hacer para sacar a los españoles de sus trincheras. Además, los norteamericanos disponían de pólvora negra anticuada, la cual producía grandes humaredas de color blanco azulado que delataban la posición exacta de la batería. Esta desventaja de la Batería Capron fue rápidamente aprovechada por los españoles.

por el flanco derecho español y Wheeler por el centro. Así, las tres divisiones unidas deberían atacar San Juan. Pero el problema ocurrió al no poder tomar Lawton El Caney en dos horas como había asegurado a Shafter, y por ello, fue preciso movilizar tropas sobre el flanco izquierdo español, lo que produjo una gran confusión de unidades como veremos más adelante.

La batalla de San Juan

En San Juan tan sólo había una compañía del Regimiento Puerto Rico. Por ello, el general Linares decidió reforzar esta tropa el día 1 con: dos compañías del Regimiento Talavera y una sección de artillería Krupp cal. 75 de fuego rápido, cincuenta artilleros para estas piezas y unos sesenta o setenta voluntarios cubanos leales a la causa española pertenecientes al Cuerpo de Bomberos de Santiago de Cuba que llegaron a las once. Conviene destacar que las fuerzas españolas en las alturas de San Juan jamás tuvieron más de cuatrocientos cincuenta hombres, antes de la llegada de los cuatrocientos cincuenta infantes de Marina con el capitán Bustamante al frente, y no mil quinientos hombres como mencionan los historiadores norteamericanos.

Linares tenía tropas parapetadas en posiciones elevadas del camino que tenían que recorrer las tropas enemigas para alcanzar la base de las colinas. Además, en el campo que llevaba a la falda de las colinas había elegantes casas de recreo y mansiones de familias adineradas de Santiago que habían sido fortificadas y convertidas en reductos militares llenos de trincheras, casamatas de troncos y alambradas.

La Batería Grimes, usando la anticuada pólvora negra (lo que descubría su posición), rompió fuego sobre San Juan hacia las seis. La sección de Artillería española contestó al fuego artillero estadounidense con gran puntería, obligando al enemigo a abandonar dos veces sus cañones y a tener que moverlos después en distintos lugares.

Shafter no lograba comprender cómo no se producía la ocupación de El Caney cuando la proporción de fuerzas respecto a las españolas era de diez a uno; pero, a pesar de ello, casi a la misma hora, hizo avanzar a las divisiones de Kent y de Sumner desde El Pozo hacia San Juan. Sólo había una forma de llegar al río Aguadores y a las lomas de San Juan: un camino selvático sin pavimentar, al borde de la manigua y cuyo estado era un lodazal por la lluvia incesante.

Las fuerzas de Sumner fueron las primeras en vadear el río Aguadores, iniciando su despliegue a la izquierda de las fuerzas españolas. Al iniciarse

este despliegue, las fuerzas de González Clavel, que marchaban a vanguardia de las de Kent, llegaron al vado, produciéndose una gran congestión de tropas tanto en el vado y como en el camino debido a la manigua espesa que impedía el fácil despliegue de estas tropas dispuestas también a cruzar el río.

Los norteamericanos tuvieron entonces la fatal idea de izar un globo cautivo de seda amarilla sobre este lugar congestionado de tropas. Dicho globo, orgullo del Cuerpo de Señales, llevaba dos oficiales y era manejado desde tierra por cuatro soldados. Los españoles decidieron derribar el globo cautivo concentrando el fuego de sus rifles y cañones; sin embargo, inmediatamente se dieron cuenta de que había tropas debajo el globo por los gritos e insultos que proferían los soldados, de ahí que cesaran por el momento en su fuego de fusil sobre este objetivo y dirigieran sus descargas, cerradas y muy rasantes, sobre la espesa manigua, causando numerosas bajas en aquellas tropas apiñadas en el camino y el vado, y que recibían indefensas esta mortífera lluvia de plomo sin poderse defender. Una vez derribado el globo, que cayó lentamente y del que salieron ilesos los dos oficiales, el fuego artillero se unió al de los fusiles, aumentando la mortandad en las filas asaltantes. Aquel fuego español resultaba mortífero, pues las trincheras españolas estaban a distancias que variaban entre cuatrocientos cincuenta y setecientos treinta metros del enemigo.

Ante el número de bajas, fue preciso instalar un hospital de campaña en la ribera del Aguadores y los improvisados "cirujanos" hicieron cuanto pudieron con el escaso material que poseían, aunque los heridos capaces de caminar regresaron a Siboney. El caos reinaba como en Tampa y en el desembarco, pero esta vez bajo el fuego de las armas españolas.

Mientras tanto, la batería española tuvo que cesar su fuego sobre la manigua para poder contestar al fuego de la Batería Grimes, y así la infantería norteamericana pudo avanzar con mayor libertad, comenzar el repliegue y disparar a su vez sobre las trincheras españolas.

Las tropas mambisas marchaban ahora a retaguardia del Regimiento 71 de Voluntarios de Nueva York. Los dos batallones de vanguardia de este regimiento, con sus anticuados fusiles Springfield, que acababan de sufrir mucho bajo el fuego español, se desorganizaron al desplegarse y cayeron de lleno bajo las descargas cerradas españolas, realizadas ahora a menos de trescientos metros. Así, el Regimiento 71 de Voluntarios de Nueva York rompió su cohesión, y aunque unos se refugiaron en la espesura de la manigua cercana, la mayoría se echó cuerpo a tierra aprovechando los accidentes del terreno para protegerse. Por momentos, la situación se hizo muy comprometida y, lo que era aún peor, aquel desorden podía extenderse en

las filas atacantes. No obstante, el general González Clavel, con una serenidad y un valor extraordinarios, hizo avanzar a sus mambises y logró restablecer la línea de fuego hasta la llegada de los refuerzos norteamericanos. Precisamente por esta acción, el general Wood le felicitó efusivamente sobre el mismo campo de batalla.

Los refuerzos norteamericanos no pudieron ser más providenciales y consistieron en los regimientos 9, 13 y 24 de Infantería regular. Debemos señalar con justicia que el Regimiento 71 de Voluntarios de Nueva York, pasado el mencionado momento de indecisión, se portaría admirablemente en el resto de la campaña. El coronel Wikoff, que mandaba la brigada, cayó muerto inmediatamente; asumió el mando el teniente coronel Worth del 13° de Infantería, que también murió cinco minutos después; el mando recayó entonces en el coronel Liscum del 24° de Infantería, que pronto cayó mortalmente herido; y, finalmente, tomó el mando el teniente coronel Evans, del 9° de Infantería, quien por fin pudo restablecer la línea de fuego con grandes pérdidas.

En el ala izquierda, los *Rough Riders* de Roosevelt y un regimiento regular compuesto por negros, el 9° de Caballería, cargaron contra la loma de la Caldera. Se llamaba así porque en su cima había una gran caldera para la caña de azúcar, contra la que sonaban los disparos que provenían de las alturas. En esta fase de la batalla fueron llevadas las cuatro ametralladoras Gatling, tres de ellas a cargo del teniente John H. Parker, que aterrorizaron a los españoles pues nunca habían visto unas ametralladoras de fuego tan rápido⁵². Desalojados los españoles, los norteamericanos se quedaron detrás de la gran caldera. Los *Rough Riders* de Roosevelt no recibieron la orden de tomar la cima de la loma de San Juan. Lo que hizo Roosevelt, empuñando su sable y su revólver, fue escalar la sierra un poco más tarde, ya que ese día se estuvo moviendo por todas partes⁵³.

⁵² Los norteamericanos llamaban "*coffee-grinders*" (*molinillos de café*) a sus ametralladoras Gatling por su sonido característico.

⁵³ CHIDSEY, Donald Barr: *Op. cit.* p. 146. CHADWICK, Frech Ensor: *Op. cit.* vol. II, p. 81.

La batalla de San Juan se convirtió en una leyenda norteamericana, según la cual, Theodore Roosevelt encabezó la carga contra la loma de San Juan, algo que no hizo. Tomó la Loma de la Caldera, un excelente hecho de armas, aunque con él hubo otros oficiales que él maliciosamente no cita en su obra *The Rough Riders*, la obra más leída por los norteamericanos de las muchas que se escribieron sobre el tema y que viene a ser su visión de la campaña militar. Donald Barr Chidsey afirma que los lectores de este *best seller* pensaban que este libro debería titularse "Sólo en Cuba".

Roosevelt, ahora coronel (Leonard Wood había ascendido a brigadier) a cargo del regimiento, no participó en la carga con la que se conquistó la cima de la loma de San Juan, sino que llegó después. Sin embargo, lo cierto es que jamás dijo que lo hiciera.

Aquello era un verdadero infierno. Los españoles combatían en firme; no obstante, llegaron a tiempo nuevas tropas norteamericanas: el 10º de Caballería desmontada del Ejército Regular y el 20º de Infantería Regular. Ante tal contrariedad, los españoles arreciaron su fuego todo cuanto pudieron, pero éste era ya contestado voluminosamente por norteamericanos y cubanos, ya que la División Wheeler, al mando del general Sumner, una vez asaltada la loma de la Caldera, desbordaban la loma de San Juan bajo el ejemplo de sus jefes Hawkings, Wood, González Clavel, Sumner y otros muchos jefes de brigadas, regimientos, compañías y hasta sargentos, que cargaron al frente de sus unidades agitando sus sombreros, apoyados por los cañones de la Batería Grimes y las tres ametralladoras Gatling del teniente Parker. En sólo nueve minutos, las ametralladoras vomitaron diez mil proyectiles.

Este avance fue realmente imponente. Las unidades estaban muy mezcladas. Allí los mambises, los regimientos de Infantería y los de Caballería regular se mezclaban con los voluntarios. Aquella carga impetuosa ascendía las laderas de San Juan como algo incontenible, como una marea que subía rápidamente. Los soldados llevaban sus fusiles en la posición de porten y las cortas bayonetas Kraggs brillaban como chispas de luz.

Ante los disparos de las Gatling, se produjo la espontánea retirada de jóvenes soldados españoles y los oficiales intentaron en vano detenerles. Por su parte, los españoles veían subir aquella oleada y disparaban con desesperación sus mausers, que chisporroteaban como un brasero agitado por el viento. Se trataba de una lucha desigual; además, los dos cañones ya no podían disparar por falta de munición, por lo que nada pudo contener el avance del enemigo y es cuando se decidió una retirada ordenada de las posiciones.

La cima fue tomada por el 10º Regimiento de Caballería desmontada, unidad formada por negros, que al rebasar las trincheras y fuertes de San Juan, pudieron ver las trincheras abandonadas donde quedaron muchos heridos que no podían caminar agarrados a sus fusiles y los muertos, en su mayoría jóvenes con apenas dieciséis años. Aquel siniestro espectáculo impresionó a las fuerzas que intervinieron en el asalto⁵⁴.

⁵⁴ La prensa norteamericana glorificó la actuación del ahora coronel Theodore Roosevelt convirtiéndole en héroe nacional. Fue la responsable de que apareciera en la toma de la cima de la loma de San Juan, aunque realmente fue obra del 10º Regimiento de Caballería desmontada. Esto le propiciaría para llegar a ser el 26º presidente de los Estados Unidos en 1901, tras el asesinato de McKinley por un anarquista, aunque no la tan preciada Medalla de Honor del Congreso, máxima distinción militar al valor.

Mientras todo esto sucedía, la lucha continuaba en El Caney. Desde El Pozo, Shafter envió una nota a Lawton sugiriéndole que no se distrajera con esas *pequeñas casuchas cuadradas* y que se uniera a la fuerza principal. Pero, como explicamos, las fuerzas de Lawton estaban preparadas para el ataque y éste decidió atacar.

El general Linares, que dirigía la acción desde el Fuerte Canosa, cayó gravemente herido, por lo que pidió que localizasen al general Toral para entregarle el mando de Santiago. Murieron el coronel Vaquero y el teniente coronel Lamadrid; fue herido de gravedad el comandante Arráez, ayudante de Linares, y murió el capitán Antonio. Al aparecer los primeros asaltantes sobre la meseta de la loma, los españoles se relegaron, pero al quedar al descubierto, cayeron de lleno bajo el terrible fuego norteamericano, pues su línea de apoyo se hallaba a unos setecientos veinte metros de distancia sin cubierta que los protegiera. Más de las tres cuartas partes de los supervivientes cayeron allí, y los artilleros, con su capitán Antonio al mando, murieron hasta el último sin rendirse al enemigo.

Cuando los norteamericanos izaron su bandera sobre las ruinas del bloqueo, apareció en escena la guerrilla de Puerto Rico, enviada por Linares para apoyar la retirada. Al cargar contra los asaltantes, dicha guerrilla quedó exterminada, salvándose sólo seis o siete hombres. Los pocos supervivientes lograron llegar a Canosa y de allí a Santiago de Cuba con grandes esfuerzos y no pocas dificultades, ya que en su mayoría iban heridos. Una de las piezas de artillería cargada a lomo de mulo logró ser rescatada, la otra quedó encima del mulo que la llevaba al caer la pobre bestia acribillada a balazos. Poco después, el capitán del destructor-torpedero *Plutón*, Joaquín Bustamante, con cuatrocientos cincuenta hombres de Infantería de Marina trató de recuperar la posición perdida y esta fuerza fue rechazada con enormes pérdidas. Cuando salió de las trincheras encabezando a caballo el valiente contraataque de los marinos, recibió una descarga de plomo en el abdomen⁵⁵.

Los norteamericanos, victoriosos en el combate, tuvieron que descansar sobre el terreno —como en Las Guásimas—, ya que estaban extenuados y no podían avanzar más. Podemos afirmar que la batalla de San Juan terminó sobre las quince horas, aunque el fuego de fusilería continuaría por la tarde y toda la noche hasta la madrugada del día siguiente.

Respecto a las bajas producidas en el combate, las pérdidas cubanas no se saben con seguridad, aunque entre El Caney y San Juan fueron numero-

⁵⁵ El capitán de navío Joaquín Bustamante, jefe de Estado Mayor de la escuadra de Cervera, falleció poco después en el hospital militar de Santiago de Cuba, lamentando no poder estar junto a Cervera y su escuadra en la batalla naval que creía ya muy cercana.

sas, pasando de doscientos entre muertos y heridos. Los norteamericanos tuvieron muchas bajas en San Juan: dieciocho oficiales y ciento diecisiete alistados muertos; sesenta y un oficiales y setecientos cuarenta y ocho alistados heridos; y sesenta y ocho desaparecidos (muertos con toda seguridad, puesto que no hubo prisioneros). Luego hubo mil doce bajas norteamericanas: es decir, el ocho por ciento del total. Por otra parte, se dio el caso de un regimiento, como el 6° de Infantería, que al desplegarse frente a San Juan perdió trescientos veinte hombres entre muertos y heridos en unos diez minutos, o sea una cuarta parte de su total.

Las bajas españolas fueron realmente terribles, pues los españoles perdieron unos trescientos cincuenta y ocho hombres entre los cuatrocientos cincuenta que tenían al inicio del combate, por lo que sólo se salvaron noventa y dos.

Comentario a la batalla de San Juan

Si los norteamericanos no hubieran tenido la idea desafortunada de lanzar el globo cautivo, es indudable que el combate no hubiera sido tan sangriento y hubieran podido efectuar su despliegue con muchas menos pérdidas. El resultado fue una congestión enorme y una mezcla de unidades que produjo una muerte alarmante de jefes, oficiales y alistados.

Además, si Shafter hubiera reunido todo su ejército frente a San Juan, con el apoyo de Calixto García y las dos baterías, y hubiera atacado a fondo, parece más que probable que hubiera podido tomar Santiago aquel mismo día: pero no lo hizo.

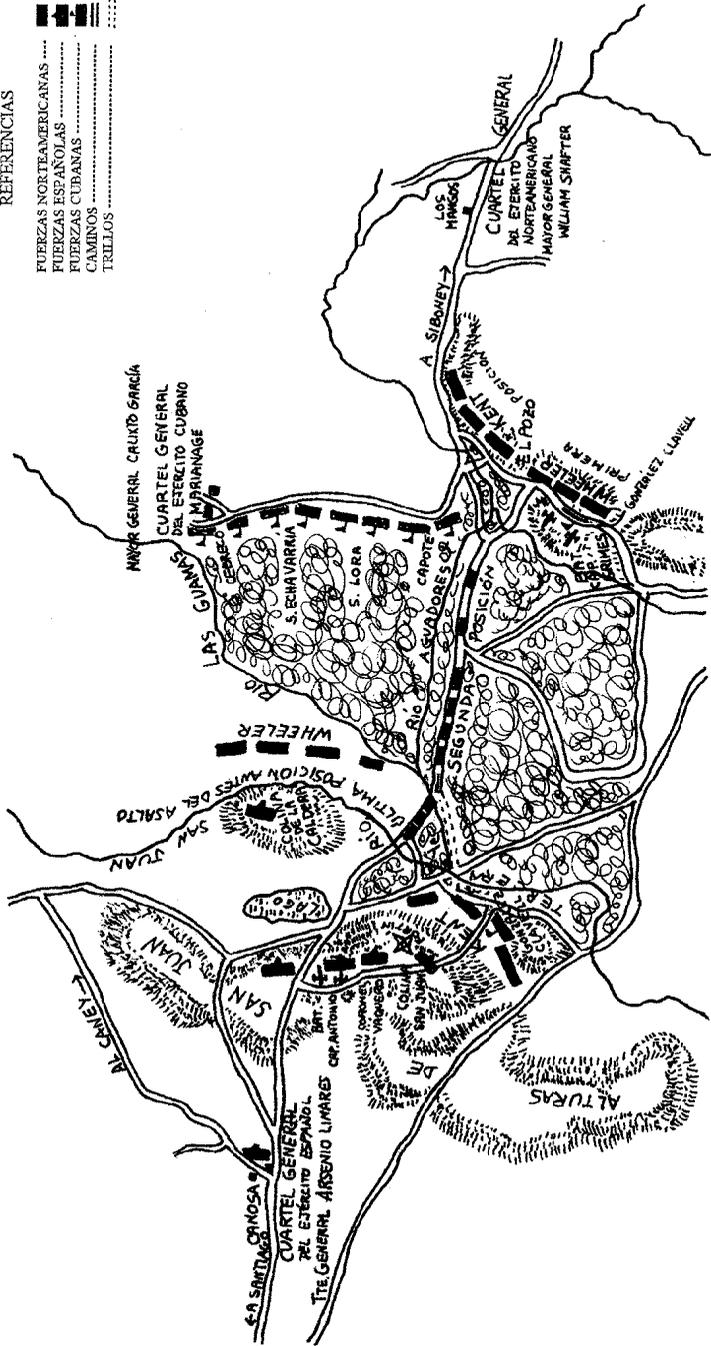
Por otra parte, el combate fue conducido en realidad por los jefes de unidades. A veces era un sargento quien daba órdenes, como en el caso del heroico sargento abanderado George Berry, del 10° de Caballería, quien al caer herido el abanderado del 3° de Infantería, cogió ambas banderas y al frente del regimiento gritaba desesperadamente: *Alinearse por las banderas, muchachos, adelante como guía centro*. El capitán Ayres, del 3° de Infantería, se puso entonces delante del sargento Berry y con su sombrero en la punta del sable continuó el impetuoso avance. Precisamente, esta confusión de tropas y la falta de cohesión en el mando, fueron debidas, más que nada, a la densa manigua que no permitía a los jefes de brigadas y divisiones controlar los mandos. A pesar de todo, el espíritu y la voluntad de vencer fueron tales que la carga pudo efectuarse y como si un único jefe la dirigiera.

Otro hecho destacable es que mientras las divisiones de Kent y Sumner estaban sin órdenes, su ala izquierda estaba "en el aire"; y, todo ello, a pesar de que estaban siendo atacadas por disparos bien dirigidos desde las cimas

BATALLA DE SAN JUAN

REFERENCIAS

- FUERZAS NORTEAMERICANAS
- FUERZAS ESPAÑOLAS
- FUERZAS CUBANAS
- CAMINOS
- TRILLOS



G. CALLEJA

Croquis de la batalla de San Juan.

de las lomas por tiradores que no se dejaban ver. Los norteamericanos cargaron contra la colina, pero no lo hicieron corriendo tras banderas flameantes y espadas brillantes, tal como lo han representado tantos pintores que no estuvieron allí. En realidad, se movieron con gran lentitud y los rifles apuntando hacia lo alto. Cuando la artillería española comenzó a disparar, detuvieron el ascenso; luego, cuando la artillería cambió la dirección de sus disparos, el 10º Regimiento de Caballería desmontada logró llegar a la cima de la loma de San Juan.

Valoración de la actuación de las fuerzas mambisas

La actuación de las fuerzas mambisas del general Calixto García en los combates terrestres, que tras la batalla naval de Santiago culminarán con la capitulación de dicha plaza, merece una valoración, especialmente por todo cuanto los historiadores norteamericanos han escrito y omitido.

1º.- Iniciada la guerra, Washington decidió invadir Cuba por la parte oriental, que era donde los españoles resultaban más débiles y los mambises más fuertes. Un oficial, el teniente Rowan, a quien la estimulante literatura norteamericana ha glorificado como el héroe del *Mensaje a García*, fue enviado a Cuba, por medio del Departamento de Expediciones cubano, a solicitar del general Calixto García la colaboración indispensable.

2º.- En la batalla de Guantánamo, las tropas del coronel Enrique Thomas, formadas por unos cien mambises, salvaron a los marines desembarcados cuando estaban a punto de perecer, el 12 de junio, en la Playa del Este.

3º.- El plan militar de Calixto García fue el adoptado y desechado el norteamericano.

4º.- Fuerzas cubanas ocuparon Daiquirí y Siboney haciendo seguro el desembarco del 5º Cuerpo de Ejército norteamericano.

5º.- Fueron también las fuerzas del brigadier Castillo Duany y del coronel González Clavel las que empujaron a las fuerzas españolas del general Rubín hasta encontrarlas parapetadas en Las Guásimas, Sevilla y La Redonda, sosteniendo fuego todo el día e impidiendo así el contraataque español.

6º.- Fuerzas mambisas apoyaron a las baterías de Grimes y de Capron el 1 de julio.

7º.- En la batalla de las lomas de San Juan, fueron las fuerzas del ya entonces general González Clavel las que condujeron por el trillo salvador a la división de Kent, en el vado del río Aguadores.

8°.- Las fuerzas de González Clavel fueron las que restablecieron la línea de fuego por varios minutos en el flanco izquierdo de San Juan hasta la llegada de las tropas de refuerzo norteamericanas debido al desorden del Regimiento 71° de Voluntarios de Nueva York, que además amenazaba con extenderse.

9°.- Una vez finalizada la batalla de San Juan, estas mismas fuerzas marcharon hasta El Caney, donde el general Lawton se encontraba combatiendo al general Vara del Rey. Allí se completó la división mambisa al reunirse las brigadas de Bayamo, Jiguaní y Ramón de las Yaguas, ocupando el flanco izquierdo de Chaffee y el derecho de Bates, y cuando se dio el asalto final, los cubanos fueron los primeros en ocupar El Viso y el poblado de El Caney al marchar en vanguardia.

10°.- Las fuerzas cubanas perdieron en El Caney y en San Juan más de doscientos hombres entre heridos y muertos en combate; esto es, casi la cuarta parte de sus efectivos. Si los norteamericanos tuvieron más de un millar de bajas, proporcionalmente, las bajas cubanas fueron mayores a las del 5° Cuerpo de Ejército de los EEUU.

11°.- Los mambises distrajeron la atención de los españoles ocupando todos los desfiladeros por donde Santiago se comunicaba con el interior. Según el ilustre capitán de navío español Víctor Concas: *El mismo día del desembarco...quedó Santiago privado de todo recurso que recibía de su zona de cultivo, recrudeciéndose el hambre; quedaron cortadas las comunicaciones; bosques, avenidas y alturas, todo cubierto por los cubanos....* Sólo una columna de refuerzo, la del coronel Escario, logró entrar en Santiago durante el sitio. Los insurrectos cubanos, aunque no lograron detenerla, consiguieron retardar su marcha para que no llegara antes del día 1 de julio, el de los combates de El Caney y San Juan.

12°.- Una vez terminados los combates del día 1 de julio, fueron los mambises quienes construirían kilómetros de trincheras que serían ocupadas por las fuerzas norteamericanas. Mientras tanto, el grueso de las fuerzas de Calixto García terminarían el cerco de Santiago de Cuba ocupando posiciones estratégicas en el noroeste de la ciudad.

Desmoralización del mando norteamericano

Después de los combates de El Caney y de San Juan, el general de división José Toral asumió inmediatamente el mando de Santiago de Cuba en sustitución del general Linares. Pudo comprobar aliviado que el avance enemigo se había detenido en las cimas de las colinas de San Juan a media

tarde, y tanto él como su Estado Mayor creyeron que esto se debía a las numerosas bajas que habían tenido los norteamericanos. Luego, recibieron informes de que Shafter se hallaba enfermo y que ni siquiera había podido dirigir los combates, así como que el general Wheeler y varios oficiales se encontraban hospitalizados con fiebres tropicales.

Por la tarde, todos los efectivos españoles que habían quedado en disposición de seguir combatiendo tras los intensos combates se posicionaron en nueve fortificaciones y cientos de trincheras y alambradas; y poco más de cinco mil hombres ocuparon posiciones defensivas en la ciudad (muchos de ellos eran heridos que salieron de los hospitales).

Al caer la noche, todo el ejército, bajo el mando del general Toral, quedó replegado hacia la última línea de defensa situada en torno a la ciudad, a tan sólo dos kilómetros de ella. Lo primero que hizo Toral fue supervisar las líneas defensivas que Linares había preparado y más tarde se preocupará en ayudar al coronel Escario y a su columna de refuerzo, rompiendo el acoso al que fue sometido a lo largo de doscientos kilómetros de su heroica marcha a través de tierras que estaban bajo el control de los mambises.

Tras la toma de San Juan y de El Caney, el ejército aliado cubano-norteamericano empleó unos siete u ocho días en terminar el cerco de Santiago, formando un círculo perfecto alrededor de la ciudad. La mayoría de las fuerzas de González Clavel fueron empleadas en la labor de hacer los kilómetros de trincheras necesarios y que serían ocupadas por los norteamericanos.

Durante estos días, Calixto García completó el cerco de la ciudad por el norte. El mismo día 2 de julio inició una ofensiva general en el sector oeste de Santiago, ocupando el poblado de Dos Caminos de El Cobre, la línea de ferrocarril de San Luis a Santiago, los poblados de San Vicente, Cuabitas (su presa suministraba el agua a la ciudad) y Boniato, las estratégicas alturas de la Loma de Quintero desde las que se dominaba por completo la ciudad y, finalmente, todos los fuertes y trincheras españolas en los alrededores de Yarayó hasta las aguas de la bahía y el cementerio de Santiago.

Por otra parte, a pesar de las derrotas de los españoles en Las Guásimas, El Caney y San Juan, y de las acciones cubanas que completaron el cerco de Santiago, el general Shafter se hallaba preocupado en exceso por las enormes pérdidas que habían sufrido sus fuerzas, la inesperada resistencia española, las enfermedades tropicales y el clima agotador. Había pedido la rendición a Toral; sin embargo, éste había rehusado y su negativa coincidió con la entrada de la Columna Escario en Santiago.

El día 27 de junio, la columna del coronel Federico Escario, compuesta por tres mil setecientos hombres, partió de Manzanillo para reforzar la guarnición de la sitiada ciudad de Santiago de Cuba, en una marcha heroica de doscientos kilómetros. Según el propio general Miles, esta columna sostuvo cerca de cuarenta combates con tropas mambisas, sufriendo la pérdida de más de cincuenta hombres en el combate que libró frente a un contingente cubano de ochocientos hombres al mando de Federico Estrada, en el poblado de Aguacate.

Shafter, enfermo y preso de derrotismo, escribía el día 3 de julio al almirante Sampson demandando una urgente acción naval y, entre otras cosas, le decía: *Por negligencia de nuestros aliados cubanos, Pando (en realidad se refiere al coronel Escario) con 5.000 hombres ha entrado en la ciudad, esto casi duplica los efectivos españoles, los he conminado a rendirse y han rehusado.* Más adelante, añade: *Mi presente situación me ha costado mil hombres y no estoy dispuesto a perder más (...) Si usted fuerza su entrada en la bahía, podremos tomar la ciudad sin mayores pérdidas de vidas.*

Ese mismo día, Shafter telegrafaba al Secretario de Guerra, Mr. Alger, en los siguientes términos: *Nosotros tenemos cercada la posición por el Norte y por el Este, pero con una línea muy débil. Al acercarnos, nos hemos encontrado con que las defensas son de tal clase y tal fuerza, que será imposible tomarlas por asalto con las fuerzas que dispongo. Estoy considerando seriamente retirarme a unas cinco millas de mi actual posición y tomar una nueva entre el río San Juan y Jardinerero.* El Secretario de Guerra le contestó horas después recomendándole que actuara según su criterio, pero advirtiéndole que el efecto de dicha retirada sería desastroso para la opinión pública en los Estados Unidos.

Totalmente desmoralizado, Shafter planteó en un Consejo de Guerra el retirarse de la lucha y pedir refuerzos a Washington. Sin embargo, su propuesta de retirada fue enérgicamente rechazada por la oficialidad, *por considerarla peligrosa en extremo, ya que tal maniobra podría aumentar la moral del enemigo, sembrando el desconcierto en el cuerpo expedicionario.* Ante ello, Shafter se vio obligado a presentar la renuncia, entregando el mando a su segundo, el general Lawton. El Alto Mando norteamericano, tras la renuncia de Shafter, se sintió hasta tal punto desorientado y desvalido, que la joven oficialidad llegó a proponerle al general Calixto García la dirección de las operaciones militares.

Por otra parte, Calixto García, al notar la indecisión de Shafter, le indicó las ventajas de no interrumpir el ataque a Santiago, ni por el sur ni por el este, y que él se comprometía a asaltar la ciudad desde la estratégica Loma de Quintero.

Comentario sobre la situación

La situación norteamericana era la siguiente: el general Shafter se hallaba enfermo, abatido por el calor y desmoralizado; Wheeler estaba también enfermo; y Hawkings, herido. En tal situación, Shafter pensaba seriamente en retirarse y, en su estado físico y mental, sumido en una profunda depresión, llegó incluso a acusar de forma precipitada al general Calixto García de haber dejado entrar al coronel Escario con su columna en Santiago de Cuba⁵⁶.

La realidad fue que Calixto García, al saber que la Columna Escario había partido de Manzanillo el día 27 de junio, dispuso la preparación de dos mil hombres al mando del general Jesús Rabí para abatirla. Sin embargo, Shafter se negó y manifestó al brigadier Castillo Duany y al coronel Carlos García Vélez, enviados a su cuartel general por Calixto García, que él no mandaría a ninguna tropa a encontrarse con el refuerzo (español), que necesitaba a todos los cubanos con sus tropas dado que ellos eran una ayuda valiosa para él; que no era prudente dividir las fuerzas ahora, que si el refuerzo llegaba a Santiago él tendría treinta y un mil hombres para embotellarlos en la ciudad y que él, decididamente, no movería un solo hombre del ejército. Así, Shafter fue el único responsable de haber impedido el envío del general Rabí con los dos mil mambises; aunque, a pesar de todo, Calixto García ordenó a Francisco Estrada, al mando de ochocientos hombres, que hostilizara a la columna de Escario todo cuanto pudiera.

Parece indudable que si Shafter se hubiera retirado hacia la costa en espera de refuerzos, esta decisión hubiera comprometido seriamente el éxito de la campaña militar cubano-norteamericana, ya que el efecto moral de esta injustificada retirada hubiera sido demoledor tras haberse cosechado tres victorias consecutivas en Las Guásimas, El Caney y San Juan. Además,

⁵⁶ *Historia de Cuba*. Dirección Política de las F.A.R. La Habana, 1973, pp. 503-504.

El general Shafter—con toda mala fe—culpó al ejército mambí de no haber sabido detener esta columna española en su recorrido. Según Shafter, el general García, con cuatro o cinco mil hombres, había sido instruido en su deber de velar por este esfuerzo, para interceptarlo, pero por algunas razones, él había dejado de hacer eso, y el coronel Escario, entró en la ciudad por mi extrema derecha, cerca de la bahía.

Esta imputación la recogió también Wheeler en su obra *The Santiago Campaign*, donde sólo hace referencia a la participación de los mambises para acusar injustamente a González Clavel de cobardía en la acción de Las Guásimas.

Tanto Shafter como Wheeler pretendieron en todo momento desacreditar a las fuerzas cubanas, negándoles el papel decisivo que jugaron en el sitio de Santiago. Su propósito era evidente: presentar al 5º Cuerpo de Ejército como el único artífice de la victoria sobre el ejército español. Dentro de esta perspectiva tan peculiar norteamericana cabe explicarse la profunda humillación que recibieron los combatientes cubanos cuando se les prohibió entrar en la ciudad de Santiago una vez producida la capitulación.

la paralización de las operaciones que recomendaba Shafter podría haber dado a los españoles la oportunidad de organizarse y enviar a Santiago refuerzos muy considerables; y esto, unido a la escasez de los abastecimientos y las penurias del trópico, hubieran llegado a convertirse en una terrible calamidad para las tropas norteamericanas en un sitio prolongado a la plaza.

La situación de Santiago de Cuba

La realidad de la situación de Santiago de Cuba era desesperante, la comida escaseaba de forma alarmante y la ración de la tropa consistía casi exclusivamente en arroz⁵⁷. Los hospitales estaban abarrotados de heridos y enfermos, cundía la fiebre entre las tropas en las trincheras. El agua era mala y muy escasa, pues el acueducto de Cuabitas estaba en manos del enemigo y se reducía en la ciudad a la de los pozos y cisternas. Así pues, la situación del soldado era muy mala: su ración reducida a pan de arroz y arroz hervido, casi sin agua (de mala calidad) y con un retraso en pagas de once meses; sin embargo, estaba dispuesto a morir antes de rendirse. A la vista de tal situación, Toral autorizó la salida de las mujeres y niños extranjeros y de los no combatientes, con lo que una gran cantidad de personas abandonaron la ciudad y marcharon a Cuabitas y El Caney.

Las defensas de la ciudad eran casi inexistentes para una plaza de su importancia. Los gobiernos no se habían preocupado de proteger debidamente sus posesiones contra un ataque serio de un enemigo poderoso; y, como en realidad, los mambises carecían de todo y no podían aventurarse a tomar ciudades como ésta, sus defensas eran las siguientes:

Por el lado oeste: la Batería de Socapa, artillada con dos cañones Honoria de 16 cms. y tres morteros Elorza de 21 cms.; la Batería Baja de Socapa, artillada con un cañón Nordenfelt de 57 mms., cuatro cañones Hotchkiss de 37 mms. y una ametralladora de 11 mms. Estas piezas fueron sacadas del crucero Reina Mercedes, surto en el puerto.

⁵⁷ Las últimas provisiones que entraron en Santiago fueron llevadas por el vapor *Mortera* el día 25 de abril y consistieron en: ciento cincuenta cabezas de ganado, ciento ochenta mil raciones de harina de trigo, ciento cuarenta y nueve mil de garbanzos, ciento noventa y siete mil de arroz, setenta y nueve mil de judías y noventa y seis mil de vino. Además de esto, el buque alemán *Polaria* había dejado con alguna anterioridad mil setecientos sacos de arroz. Si tenemos en cuenta que las tropas de la guarnición consumían unas trescientas sesenta mil raciones completas al mes, en la ciudad no había comida para más que unos quince días a ración completa. Además, la llegada de la columna del coronel Escario el día 3, a las quince horas, con cerca de tres mil hombres y sin convoy, pues tuvo que abandonar todo su bagaje e impedimenta, agravó aún más la situación.

Al sur y suroeste se encontraba el Castillo del Morro, de mampostería, muy antiguo e inútil como fortaleza ofensiva o defensiva; la Batería del Faro, con cinco cañones de 16 cms., dos morteros de 21 cms., que eran piezas de bronce y hierro y de avancarga, de muy escasa efectividad; y la Batería Punta Gorda, con dos cañones Krupp de 9 cms., dos morteros Mata de 15 cms. y dos cañones Hontoria de 16 cms. Dicha batería era interior y dominaba la entrada y parte del puerto.

La parte este de la ciudad estaba defendida por una alambrada y diez fuertes de tabla y piedra unidos entre sí por trincheras. En estas defensas se montaron quince cañones de diversos calibres, la mayoría tomados de la flota.

Como estas defensas se hicieron para contener a los norteamericanos eran muy defectuosas y sin cubierta, el emplazamiento de los cañones era deficiente, y en general, la línea de defensa era muy débil y defendida por tropas cansadas y enfermas.

Por otra parte, el general Shafter aunque se desmoralizó aún más al conocer la llegada a Santiago de la columna de Escario, al conocer el desastre naval de la escuadra de Cervera⁵⁸ cobró nuevos ánimos y abandonó la idea de retirarse en espera de refuerzos. Pero, a pesar de las débiles defensas de la plaza, no se atrevía a lanzar sus tropas al asalto y pedía al almirante Sampson que su escuadra forzara la entrada de la bahía. Sampson le había explicado que esto le resultaba imposible sin grandes pérdidas, por lo que lo creía costoso e innecesario.

El día 4 de julio, Shafter envió cinco cables a la Secretaría de Guerra y a la de Marina pidiendo de forma desesperada que se le ordenara a Sampson que entrara en la bahía. El último de ellos decía: *La Escuadra debe de entrar en Santiago a toda costa. Si lo hace así, ella puede capturar la ciudad y todas las fuerzas de la guarnición; si no lo hace, el país debe de prepararse para esperar grandes pérdidas entre nuestras tropas. Después de conferenciar con el Cónsul francés y con otras personas, he decidido no bombardear la población hasta recibir refuerzos, mientras tanto continuaré hostilizando la plaza desde nuestras trincheras. Yo desearía saber vuestra opinión*⁵⁹.

⁵⁸ El día 2 de julio, a las cinco horas, el capitán general Ramón Blanco ordenó al almirante Cervera que saliera con su escuadra a combatir contra la escuadra de Sampson, y así lo hizo Cervera a las nueve treinta horas del día siguiente. Tratándose de un combate naval, no vamos a abordar este asunto, tan sólo reseñar que la escuadra española fue destruida por completo en menos de cuatro horas, con un saldo de trescientos cincuenta muertos, ciento sesenta heridos y mil seiscientos setenta prisioneros; mientras que por parte norteamericana se contabilizó un muerto y dos heridos.

⁵⁹ MEDEL, José A.: *Op. cit.* pp. 62-63.

Estos cables impresionaron a los secretarios de Guerra y de Marina, por lo que consultaron con el Presidente. Finalmente, Long ordenó a Sampson que se pusiera de acuerdo con Shafter, llegándose al siguiente acuerdo: los cubanos del general Jesús Rabí tomarían la Batería Socapa y los norteamericanos la del Morro; luego, con sus flancos en firme, la escuadra podría maniobrar sin el triple peligro de las baterías a flancos y las minas y torpedos al frente. Mientras tanto, se ideó un canje de prisioneros el día 5 y después bombardear la ciudad en caso de no rendirse, para así poder esperar nuevos refuerzos que Shafter pediría con urgencia.

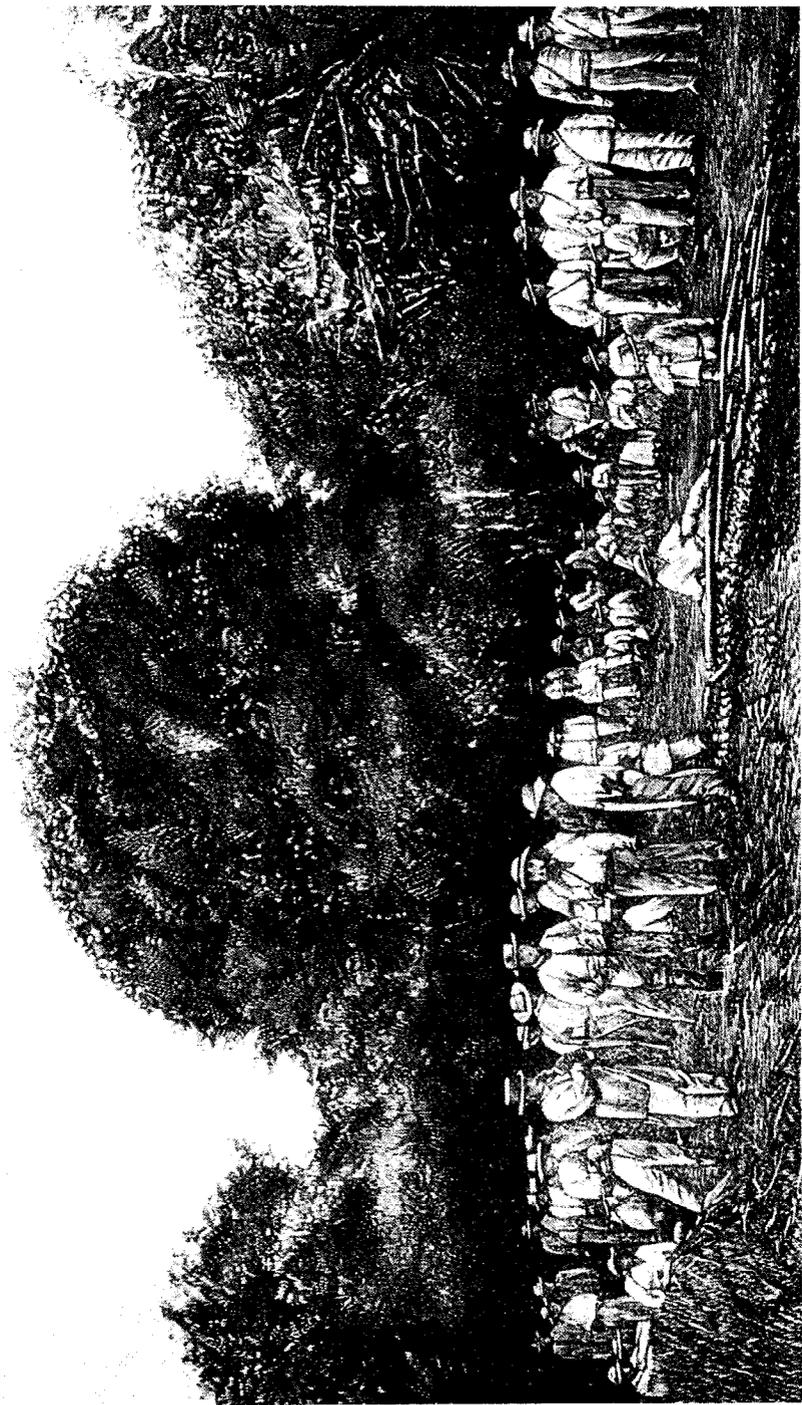
Comentario

Sampson actuó con gran juicio y serenidad. Forzar la entrada de la bahía defendida por torpedos Bustamante y minas submarinas, con las baterías del Faro y Socapa en ambos flancos, sin contar la batería interior de Punta Gorda, era algo muy arriesgado y que supondría la pérdida de algunos barcos. El canal tenía que ser barrido de minas y limpiado de los cascos del *Merrimac* y del *Reina Mercedes*, este último hundido el día 4 en el canal por los españoles y el fuego artillero enemigo. Ante tal perspectiva, Sampson titubeaba y no quería perder barcos en una acción innecesaria y que sólo la imaginación de Shafter, enfermo y decaído, había concebido como única solución.

Toda guerra es una empresa que supone la pérdida de material mecánico y de hombres. Pero cuando uno escasea y el otro abunda, lo lógico es que se emplee el más abundante. Shafter no quería perder más hombres, había tenido unas dos mil bajas y le quedaban aún quince mil hombres y más de cinco mil mambises. Sampson no había perdido ningún buque de guerra, pero con razón no quería perder ninguno, pues tenía pocos; además, existía la amenaza (aunque infundada) de la posible llegada de la escuadra del almirante Cámara tan difundida por la prensa, el Gobierno español y la prensa europea. Así pues, Sampson no podía permitirse el perder un solo barco, mientras que Shafter podía aún perder muchos hombres. La actitud de Sampson fue justa y meditada, mientras que la de Shafter no lo fue.

El final de la guerra: la capitulación de Santiago

Toral anunció a Shafter que, tras el canje de prisioneros, quedaría rota la tregua acordada, a lo que Shafter le respondió: *Nuestra Escuadra está*



Campamento del general Caixio García.

pronta a actuar, y, a menos que capituléis el 9, antes del mediodía, nuestros cañones de gran calibre, bombardearán la plaza. El día 6, Toral consultó con Blanco, y éste le propuso la entrega de Santiago, si se les aseguraba la retirada a Holguín con armas y bagajes; en caso contrario, debería mantener la plaza hasta el último hombre y el último cartucho.

Shafter comunicó a Washington la propuesta española y el Secretario de la Guerra le contestó que la rendición sería incondicional, que destruyera al enemigo y tomara la ciudad; y si no tenía fuerzas suficientes, en breve plazo recibiría refuerzos. En efecto, al poco tiempo llegaba a Siboney el general Nelson A. Miles con mil quinientos hombres, para asegurarse del cumplimiento de las órdenes dadas a Shafter.

Mientras tanto, en Santiago, la mayoría de los defensores apenas podían ponerse de pie, pues a las penalidades del asedio se unían la falta de víveres y especialmente de medicinas, cuando la mayor parte de los soldados y de la población civil estaban enfermos. Las trincheras estaban semidestruidas, donde permanecían los soldados enterrados en el barro por la lluvia incesante. Para mayor desgracia, la ciudad quedaba a oscuras de noche y el hedor de los cadáveres insepultos y de los caballos y animales descompuestos que yacían por las calles resultaba insoportable. El espectáculo era dantesco y se temía una epidemia que agravase aún más la situación.

Los días 10 y 11, la ciudad y sus defensas fueron sometidas a un intenso bombardeo por mar y por tierra, que aunque causó poco daño, demostró a los valientes defensores que estaban a merced de una flota que disponía de cañones de largo alcance, capaces de barrer la ciudad en poco tiempo y destruir todas las fortificaciones.

El día 12 llegó al campamento de Shafter el mayor general Nelson A. Miles, jefe del Ejército Regular de los EEUU, que iba a Puerto Rico. Miles venía con la orden de no relevar a Shafter, a no ser que estuviera físicamente incapacitado. Luego, inspeccionó el sitio, dejó tropas de refuerzo y partió a la conquista de Puerto Rico.

Los días 13, 14 y 15 fueron de espera mientras el general Toral consultaba al Capitán General en La Habana y éste a Su Majestad en Madrid sobre la rendición de Santiago. Finalmente, el día 16, la ciudad y provincia de Santiago de Cuba se rindió a las tropas de 5º Cuerpo de Ejército de los EEUU. El acta fue firmada de parte norteamericana por el general Joseph Wheeler, el general H.W. Lawton y el teniente Miley, ayudante del general Shafter; y por parte española, el brigadier Federico Escario (recién ascendido), el comandante Ventura Fontán y Roberto Mason. Los términos de la capitulación comprendían: la rendición de todas las fuerzas españolas de la provincia de Santiago; el embarque de los españoles por cuenta de los nor-

teamericanos; los oficiales conservarían sus armas, y tanto ellos como los alistados, sus propiedades personales; las tropas marcharían fuera de la ciudad con honores de guerra, depositando luego las armas donde dispusiera el Alto Mando norteamericano.

De acuerdo con la capitulación, los norteamericanos habían hecho unos treinta mil prisioneros con sus armas en toda la provincia, y unos ochenta cañones (casi todos muy malos y viejos). En Santiago había unos diez mil hombres (dos mil cien heridos y enfermos en los hospitales), más de nueve mil mausers y unos siete mil remingtons; y las municiones consistían en un millón y medio de cartuchos de Mauser en buen estado, y un millón de cartuchos de Remington.

Un día después, las fuerzas norteamericanas entraron en Fuerte Canosa.

Comentario sobre la rendición de Santiago de Cuba

Ante la caída de Santiago de Cuba surge una pregunta inevitable: ¿por qué los españoles no enviaron refuerzos? Se han dado varias interpretaciones: según los agregados militares extranjeros y los informes oficiales norteamericanos, se debió a un error táctico y estratégico del mando español; y para los españoles, fue debido a la falta de víveres y a los caminos pésimos que había entonces. Las razones fueron realmente otras:

Primera. Los españoles disponían en Holguín un contingente de doce mil hombres para reforzar Santiago. Al frente de estas tropas estaba el enérgico y excelente general Luque, y procedían de Auras, Sagua de Tánamo y Mayarí.

Sin embargo, el general Calixto García ordenó al general Luis de Feria que con sus tres mil hombres contuviera las tropas del general Luque. Si Luque rompía el cerco tendido por los mambises y trataba de salir por Camagüey, Calixto García había dispuesto también una división camagüeyana con el general Lope Recio al frente, en Victoria de las Tunas, para cerrarle el paso. Luis de Feria logró detener el avance de las tropas de Luque, compuestas por mil hombres, y sus tropas de refuerzo procedentes de Sagua y Mayarí llegaron destrozadas a Holguín tras ser derrotadas por el general Luis Martí, que además les quitó dos cañones Krupp.

Segunda. El general Pareja tenía la orden de partir de Santa Catalina de Guantánamo con seis mil hombres y entrar en la plaza. No obstante, el general Pedro A. Pérez le cerró el paso con dos mil hombres y no pudo avanzar.

Tercera. En Manzanillo había seis mil hombres y de allí salió la columna del coronel Escario, tres mil setecientos hombres, que fue la única que llegó a Santiago. El general Salvador Ríos salió a su encuentro con mil

hombres, siendo duramente derrotado por Escario; sin embargo, la columna fue hostigada de continuo, sosteniendo cerca de cuarenta combates y escaramuzas con los mambises, teniendo numerosas bajas, y que reorganizarse dos veces. Los generales Francisco Estrada y Mariano Lora y el coronel Carlos Martín Poey la hostilizaron de tal forma que llegó a Santiago con unos tres mil hombres, sin víveres y casi sin munición. Además, recordemos que el general Shafter se opuso a que el general Jesús Rabí la atacara con dos mil hombres el día 27 de junio, el día de su llegada a Santiago⁶⁰.

Por otra parte, tenemos que añadir que Toral estuvo más que justificado al rendir la ciudad que tan heroicamente habían defendido los admirables soldados de su guarnición. Sin embargo, también opinamos que hubo falta de agresividad en los jefes españoles, especialmente por parte del general Linares, en los combates de Las Guásimas y San Juan, y aún después, cuando con seis u ocho mil hombres, Toral debió de haber efectuado una contraofensiva para, por lo menos, tratar de romper el cerco.

Por último, sólo añadir que, una vez tomada la ciudad, Shafter entró en ella con sus jefes de divisiones y estados mayores, escoltados por un escuadrón de Caballería Regular, tomando posesión oficial de la plaza. Paradójicamente, Shafter no permitió entrar en Santiago de Cuba ni al general Calixto García, ni tampoco a los jefes y fuerzas mambisas.

Epílogo

España, tras las derrotas navales de Manila (1 de mayo) y Santiago (3 de julio), quedaba aislada de sus colonias y con sus propias costas expuestas al ataque de las flotas norteamericanas. La pérdida de Santiago y las invasiones de Puerto Rico y Filipinas decidieron al Gobierno español a solicitar las condiciones de paz al Gobierno norteamericano. El 11 de agosto se hizo público el protocolo preliminar, que conllevaba la suspensión de las hostilidades. En seguida empezó a tramitarse la evacuación de Cuba, exigencia primordial de los vencedores. Luego, el 10 de diciembre de 1898 se firmó el *Tratado de París*, que puso término definitivo a la guerra y a la soberanía española en Cuba, Puerto Rico, Filipinas y Guam.

El 1 de enero de 1899, el capitán general de Cuba, Jiménez Castellanos, hizo entrega oficial de la isla, reembarcando muchos miles de soldados

⁶⁰ PORTUONDO DEL PRADO, Fernando: *Historia de Cuba, 1492-1898*. Editorial Pueblo y Educación. La Habana, 1975, p. 574; MEDEL, José A.: *Op. cit.* pp. 54-55.

españoles para llevarlos de regreso a España. En España quedaba la amargura y la humillación sufrida. En cuanto al Ejército, existía el sentimiento de que había sido abandonado por los políticos que se habían negado a escuchar las voces autorizadas que vaticinaban el desastre, teniendo que soportar, injustamente, el ser presentado como el culpable del desastre anunciado. Sin embargo, a pesar de los juicios que se realizaron sobre posibles responsabilidades, el pueblo español nunca olvidó a sus héroes y los sacrificios del Ejército por la Patria.

CUADRO 9
PARTE DE BAJAS DEL EJÉRCITO DE LOS ESTADOS UNIDOS

	OFICIALES			TROPA		
	Muertos en acción	Muertos por heridas	Muertos por enfermedad	Muertos en acción	Muertos por heridas	Muertos por enfermedad
Ejército Regular	24	7	51	250	114	1.524
Voluntarios	17	3	114	188	78	3.820
TOTAL	38*	10	165	438	192	5.344

(*) Tres oficiales del Ejército Regular tuvieron también misiones en los Regimientos de Voluntarios, siendo descontados del total.

CUADRO 10
PARTE DE BAJAS DEL EJÉRCITO ESPAÑOL EN CUBA⁶¹

	Muertos en acción	Muertos por heridas	Muertos por fiebre amarilla	Muertos por otras enfermedades
Generales	1	—	—	—
Oficiales	81	463	313	127
Soldados	704	8.164	13.000	40.000
TOTAL	786	8.627	13.313	40.127

⁶¹ CALLEJA I.F.A.I., Guillermo G.: "Carlos Finlay" en *Historia 16*, n.º 202, año XVIII, Madrid, febrero 1993, p. 119. Los cuadros 9 y 10 fueron publicados en dicho trabajo.

BIBLIOGRAFÍA

- ALBI, Julio y STAMPA, Leopoldo: *Campañas de la Caballería Española en el siglo XIX*. Servicio Histórico Militar, Madrid, 1985.
- ALONSO, José Ramón: *Historia Política del Ejército Español*. Editora Nacional, Madrid, 1974.
- AZCÁRATE, Pablo de: *La guerra de los americanos*. Alianza Editorial, Madrid, 1968.
- ALLENDESALAZAR, José Manuel: *El 98 de los Americanos*. EDICUSA, Madrid, 1974.
- BACARDÍ Y MOREAU, Emilio: *Crónicas de Santiago de Cuba*. Imprenta Breogán, Torrejón de Ardoz (Madrid), 1973, 2ª edición. (1ª edición, Barcelona, 1908).
- CALLEJA LEAL, Guillermo: «Carlos Finlay» en *Historia 16*, Año XVIII, nº 202. Madrid. Febrero 1993.
- CARR, Raymond: *España, 1808-1939*. Ariel, Barcelona, 1968.
- CASTELLANOS GARCÍA, Gerardo: *Lino Dou*. Asociación Cultural Femenina, La Habana, 1944.
- COLLAZO Y TEJADA, Enrique: *Los americanos en Cuba*. Imprenta C. Martínez, La Habana, 1910. (1ª edición, 1905).
- *Crónicas de la guerra de Cuba*. Academia de la Historia de Cuba, La Habana, 1957.
- CHADWICK, French Ensor: *The Relations of the United States and Spain: The Spanish-American War*. Charles Scribner's Sons, Nueva York, 1909-1911.
- CHIDSEY, Donald Barr: *La Guerra Hispano-Americana, 1896-1898*. Ediciones Grijalbo, Barcelona-México D.F., 1973. (1ª edición, Nueva York, 1971).
- DíEZ ALEGRÍA, Manuel: «La espléndida guerrita de los americanos» en *Revue Internationale d'Historie Militaire*. Commission Internationale d'Historie Militaire, nº 56, Madrid, 1984.
- DIERKS, James Cameron: *A leap to arms: the Cuban Campaign of 1898*. Nueva York, 1970.
- FERNÁNDEZ ALMAGRO: *Historia política de la España Contemporánea*. Ediciones Pegaso, Madrid, 1959.
- FERNÁNDEZ BASTERRECHE, Fernando: *El Ejército español en el siglo XIX*. Madrid, 1978.
- FERNÁNDEZ DE LA REGUERA, Ricardo, y MARCH, Susana: «Héroes de Cuba». Planeta, Barcelona, 1981, 10ª edición. (1ª edición, 1973).
- FONER, Philip S. Foner: *La guerra hispano-cubana-norteamericana*. Akal editor, Madrid, 1975. (1ª edición, Nueva York, 1972).

- FUNSTON, Frederick: *Memories of Two Wars*. Scribner's Sons, Nueva York, 1914.
- *Fuerzas Armadas Españolas*. Alhambra, Madrid, 1987, 4ª edición. (1ª edición, 1986).
- GALINDO HERRERO, Santiago: *El 98 de los que se fueron a la guerra*. Editora Nacional, Madrid, 1952.
- GARCÍA PÉREZ, Teniente Coronel: *Patria*. Imprenta del Colegio de M^a Cristina, Toledo, 1923, 3ª edición.
- GÓMEZ NÚÑEZ, Severo (Capitán de Artillería): *La Guerra Hispano-Americana*. Imprenta del Cuerpo de Artillería, Madrid, 1899-1902.
- GUERRERO VARONA, Miguel Ángel: *La Guerra de la Independencia de Cuba*. La Habana, 1946.
- *Historia de Cuba*. Dirección Política de las FAR, La Habana, 1973, 3ª edición.
- *Historia de las Fuerzas Armadas*. Ediciones Palafox y Editorial Planeta, Zaragoza y Barcelona, 1984.
- KELLER, Alan: *The Spanish-American War: a compact History*. Hawthorn Books Inc., Nueva York, 1969.
- KENNAN, George: *Campaigning in Santiago*. The Century Co., Nueva York, 1899.
- MEDEL, José A.: *La Guerra Hispano-Americana*. La Habana, 1929.
- MILLIS, Walter: *The Martial Spirit: A Study of Our War with Spain*. Houghton Mifflin Co., Boston, 1931.
- PABÓN, Jesús: *Cambó, 1876-1918*. Editorial Alpha, Barcelona, 1952.
- *Días de ayer. Historias e historiadores contemporáneos*. Editorial Alpha, Barcelona, 1963.
- PLAZA, José Antonio: *El maldito verano del 98*. Ediciones Temas de Hoy, Madrid, 1997.
- PORTUONDO DEL PRADO, Fernando: *Historia de Cuba, 1492-1898*. Editorial Pueblo y Educación, La Habana, 1975.
- ROOSEVELT, Theodor: *The Rough Riders*. Charles Scribner's Son, Nueva York, 1899.
- *The letters of Theodore Roosevelt*, Cambridge, Massachusetts, 1951.
- SARGENT, Herbert H. *The Campaign of Santiago de Cuba*. A. C. Mc. Clurg & Co. Chicago, 1907.
- SILVELA Y DE LA VIELLENZE, Francisco: *Artículos, discursos, conferencias y cartas*. Madrid, 1923.
- TETUÁN, Duque de: *Apuntes del ex-ministro de Estado...para la defensa de la política internacional y gestión del gobierno desde el 28 de marzo de 1895 a 29 de septiembre de 1897*. Paul Peant, Madrid, 1902.

- *The American-Spanish War. A History by the war leaders.* Chas. C. Haskell and Son, Norwich, Conn., 1899.
- THOMAS, Hugh: *Cuba or the Pursuit of Freedom.* Eyre and Spottiswoode, Londres, 1971.
- WEIGLEY, Russell F.: *The American Way of War. A History of United States Military Strategy and Policy.* Macmillan Publishing Co., Nueva York, 1973.
- WHEELER, Joseph: *The Santiago Campaign of 1898.* Lawson, Wolffe and Co. Boston-Nueva York-Londres, 1898.